UNSAM
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
SAN MARTÍN

INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS SOCIALES/UNIVERSIDAD
NACIONAL DE SAN MARTÍN
INSTITUTO DE DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL

TESIS PARA OBTENER EL GRADO DE MAGÍSTER EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

“Si vendiera mi cuerpo no estaría acá”: una etnografía sobre un grupo de *trabajadoras sexuales* sindicalizadas.

Lic. María de las Nieves Puglia

Director: Dr. Alexandre Roig

Co-directora: Dra. Laura Masson

Marzo de 2016

Índice

Resumen 4

Agradecimientos 5

Introducción 8
La prostitución como problema 9
Los estudios sobre prostitutas y *trabajadoras sexuales* 15
Estructura de la tesis 20

Capítulo I: Campo y enfoque etnográfico corporizado 22
¿Entrada al campo? 22
La etnografía como enfoque y como método 25
Saber y no saberME *trabajo sexual*: saberes en la investigación. 27
Saber-hacer, saber-entrevistar, saber-registrar. 28
Saber-ver, saber-observar. 29
Saber-decir, juegos y disputas del lenguaje. 30
Significados en torno al cuerpo de la etnógrafa: la secretaria de actas, la asesora, la técnica, la investigadora. 32

Capítulo II: Aprendiendo a ejercer la prostitución 36
La *dobleta* 36
Hacia un aprendizaje 38
Trabajo doméstico y prostitución. Iniciadoras 40
Poder: matrimonio, prostitución e independencia 44
Explotación y orgullo 48
Trastocando valoraciones 50

Capítulo III: "Si vendiera mi cuerpo no estaría acá" 52
Disputas políticas y teóricas 52
La "venta del cuerpo" 55

La *herramienta de trabajo*, los *servicios sexuales* y los *clientes.* 58
Demarcaciones corporales 63
Sexo, dinero y afecto 65

Capítulo IV: *Compañeras,* no *compañeras* y *malas compañeras* 69
Límites: quién es *compañera* y quién no. 69
Mujeres y mujeres trans. 74
Falta de compañerismo 77
Territorio: *lugar de trabajo* 81

Reflexiones finales 84

Bibliografía 89

Resumen

El trabajo que aquí se presenta tiene por objetivo analizar cómo construyen su agencia como *trabajadoras sexuales* el grupo de afiliadas de AMMAR Capital-CTA a través de tres relaciones: con sus condiciones socioeconómicas, sus *clientes* y su organización política. Esta pregunta apunta a entender las formas en que este grupo de mujeres regula y codifica cotidianamente de forma activa tres tipos de relaciones. En primer lugar, cómo lidian con sus situaciones socioeconómicas que resultan apremiantes pero que no implican una "caída" inevitable en la prostitución. Por el contrario, damos cuenta de un proceso de construcción de un abanico de alternativas de supervivencia reducido pero relativamente fijo, dentro del cual la prostitución se convierte en una "opción" y un aprendizaje del universo de reglas y normas implícitas que la organizan y que les permite participar del campo. En segundo lugar, cómo regulan y establecen las condiciones del intercambio con sus *clientes*, clasificando tanto a las personas como los *servicios sexuales*, partes del cuerpo y medios de pago adecuados. Por último, analizo las formas en que estas mujeres regulan las relaciones entre ellas dentro del sindicato al que están afiliadas produciendo representaciones acerca del compañerismo y el mal compañerismo que organiza la trama de interacciones en las plazas y calles de la ciudad.

Esta investigación privilegia el discurso de sus protagonistas al intentar desprenderse del proceso de victimización de la prostitución sin desconocer las formas de violencia, las tensiones y las conflictividades que hacen a las relaciones en este campo. Sin embargo, las hipótesis que sostengo intentan no subestimar la conformación de un sujeto político, sexual y económico que construye su realidad de forma relacional, lo que implica ver las formas inesperadas que toma la desigualdad, que no siempre se localizan en las relaciones prostituta-*cliente*. Para lograr plasmar esta tensión nativa irresoluble tomamos la etnografía como metodología y como enfoque, constatando la necesidad y utilidad de llevar adelante una constante reflexividad acerca de las prácticas de investigación. Además, intentamos mostrar cómo la relación entre investigadora y sujetas de estudio, que se fue generando a partir de la experiencia etnográfica, devela lógicas propias del campo.

A través de esta pesquisa busco articular cuestiones de género y sexualidades con los estudios sobre el dinero en un análisis que persigue la interrogación sobre el cuerpo, el sexo y las prácticas sexuales en las relaciones entre géneros bajo ciertas condiciones materiales y simbólicas en las que son posibles y los procesos y elementos que articulan los intercambios.

Agradecimientos

Este trabajo lleva tantos años de elaboración que son muchísimas las personas que desde un lugar u otro participaron, facilitaron y acompañaron el arduo proceso.

Quisiera agradecer, en primer lugar, a mis directores Alexandre Roig y Laura Masson, cuyas miradas han guiado y complejizado esta investigación y cuyos equipos de tesistas han contribuido en las correcciones de algunas de sus partes.

En segundo lugar, a los espacios de estudio y trabajo de los que formé parte en estos años. Al Centro de Estudios Sociales de la Economía, que cristaliza el esfuerzo de la construcción colectiva del conocimiento encarnado en las siguientes personas: Iara Hadad, Martha Bernal, Martín Hornes, Milena Páramo Bernal, Guadalupe Moreno, Chino Beltrán y Renato Fumero. Al Centro de Estudios Sociales y Sindicales y su coordinador, Alejandro Asciutto, que acunó una experiencia muy productiva de investigación dentro de la CTA y me abrió las puertas al campo.

En tercer lugar, a los amigos y amigas, colegas y profesores que han acompañado, discutido, acordado y disentido con mis ideas e hipótesis enriqueciendo la tarea cotidiana de la investigación: Ángeles Migliore, Laura Ramírez Mladineo, Juan Pablo Puentes, Sabina Llamazares Vegh, Marina Méndez Aquino, Malena Marini, Mariana Álvarez Broz, Luciana Denardi, Gabriela Tavella, Bárbara Mastronardi, Brenda Focás, Tomás Bover, Leandro López, Lucas Iramaín, Ariel Wilkis, Gabriel Noel, Máximo Badaró, Sergio Visacovsky, Santiago Álvarez, Leonardo Dománico, Julia Fireman, Anais Roig, Luis Alfredo Briceño, Bárbara Solari, Marina Sánchez de Bustamante y Knut Nesland Ose. A quienes acompañaron mi escritura durante los 4 meses de estancia en la Universidad de Kassel (Alemania): Stefan Peters, Philip Fehling, Patrick Eser, Eva Nothelfer, Natalia Barrionuevo, Adriana Serrudo, Paula Abal Medina, Soledad López y Sofía Bruni.

En cuarto lugar, a mis compañerxs y profesorxs de tango milonguero, fuente de cordura en todo el proceso, especialmente a Nadia Giménez, Federico Cippoletta, Diego Zeballos y Daniel Cesario.

En quinto lugar, a las instituciones que me otorgaron becas para poder llevar adelante este proyecto: la International Association for the Study of Sexuality, Culture and Society

junto a la Fundación Ford, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, el Instituto de Altos Estudios Sociales y el Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD).

En sexto lugar, a la Asociación de Mujeres Meretrices de Argentina que, a pesar de sentirse reticentes a continuar siendo objeto de investigación propiciado por un cierto morbo social, me sumaron a sus actividades y a sus vidas.

En séptimo lugar, a mis padres y mi hermano: Nieves, Nino y Nahuel, quienes han financiado y fomentado fervientemente mi educación formal e informal y los primeros meses de esta investigación, soportado hercúleamente mi sed de entrar en discusiones y espacios que pudieran parecerles “peligrosos”.

Por último, a mi compañero y más valioso interlocutor: Pablo que, junto a nuestro perro Deivi, forman un dúo de apoyo, amor y felicidad.

A Claudia Brizuela, sin la cual este trabajo no existiría.

Introducción

> *"Pero cuando la primera tanda de soldados se acercó al prostíbulo, doña Paulina Rovira salió presurosa a la calle y conversó con el suboficial. Algo pasaba, los muchachos se comenzaron a poner nerviosos. El suboficial les vendrá a explicar: algo insólito, las cinco putas del quilombo se niegan. Y la dueña afirma que no las puede obligar. El suboficial y los conscriptos lo toman como un insulto, una agachada para con los uniformes de la Patria. Además, la verdad es que andan alzados. Conversan entre ellos y se animan. Todos, en patota, tratan de meterse en el lupanar. Pero de ahí salen las cinco pupilas con escobas y palos y los enfrentan al grito de "¡asesinos! ¡porquerías!", "¡con asesinos no nos acostamos!"*
>
> *La Patagonia rebelde*, Osvaldo Bayer

Cuando el 17 de octubre de 1922 el grupo de pupilas del prostíbulo "La Catalana" del Puerto de San Julián decidió negarse a mantener relaciones sexuales con el Ejército que había reprimido las manifestaciones de los trabajadores de la provincia de Santa Cruz, se abrieron una serie de preguntas que la presente investigación encuentra inquietantes e ineludibles. Claudia Sastre conceptualiza los cuerpos de las prostitutas de San Julián como campos de batalla (Sastre, 2007), como el lugar desde el cual pueden negarse a ser reclamadas sexualmente por hombres (que representaban al Estado), pero también resulta el espacio desde el cual el reclamo masculino tiene lugar. Efectivamente, los hombres pueden acudir a solicitar servicios sexuales y las mujeres pueden negarse. En este sentido, la escena revela una forma de organización de la prostitución que implica relaciones de explotación con una regente que retiene parte de sus ingresos y la afluencia de *cliente*s varones que buscan mantener relaciones sexuales pagas con ellas.

El fragmento de La Patagonia Rebelde invoca una tensión entre el "no" de las prostitutas frente a los hombres que querían entrar al prostíbulo y la prostitución como posibilidad de acceso masculino a cuerpos femeninos. En este sentido, podemos preguntarnos en qué medida y bajo qué formas es posible que el cuerpo sexuado se constituya como lugar de batalla que dibuja límites a los usos del cuerpo, a la sexualidad y al *cliente*. La presente investigación intentará mostrar que este episodio histórico no es necesariamente extraordinario, sino que en la vida ordinaria de un grupo históricamente reciente de prostitutas de la Ciudad de Buenos Aires, podemos encontrar fenómenos similares en los que el "no" y las condiciones para prostituirse se convierten en límites aprendidos y regulados por las mujeres en ejercicio.

La prostitución como problema

Aquí no resulta relevante colocar a priori definiciones sobre prostitución y su estatus económico/laboral, de género, sexual, moral, etc., ya que éstas siempre están capturadas por la postura ideológica de las organizaciones, los movimientos feministas, organismos internacionales y los Estados nacionales. El espectro se extiende estableciendo una división, que atraviesa tanto a agrupaciones sociales y feministas como al ámbito científico, entre quienes, por un lado, observan en la prostitución un proceso sistemático e institucionalizado de explotación sexual en el que el protagonismo se lo lleva el varón que constituye una demanda prostituyente y quienes, por el otro, estudian las diversas formas y condiciones en que las mujeres se prostituyen y los procesos de estigmatización y criminalización de este tipo de actividades, haciendo especial hincapié en los discursos de las protagonistas. Encontramos aquí una distancia ideológica que se expresa asimismo en diferencias de tipo epistemológicas y metodológicas, que privilegia cierto sujeto social. La cuestión de la definición de la prostitución se vuelve un manto que obnubila el campo en vez de colocarse al servicio de una pregunta de investigación.

El problema que se expresa plenamente en la primera postura, que ha conseguido a través de la lucha de sus representantes en organizaciones sociales y el Estado la promulgación de la Ley de Trata de Personas y Asistencia a sus Víctimas en 2008, es la construcción de la víctima y su anulación como sujeto portador de cierto grado de conciencia y autonomía[1]. Esto sucede por el desplazamiento de la figura de la mujer hacia la de víctima, lo que justifica la generación de programas de rescate que presuponen que la figura de la prostitución no admite el consentimiento en la niñez ni en la adultez, por lo que se considera que existe el mismo grado y especie de violencia en una mujer adulta que se prostituye por cuenta propia sin tener relación con proxenetas como en una que fue capturada por una red de trata. Lo que parecerían extremos y todas las situaciones intermedias (mujeres ejerciendo en departamentos, whiskerías, saunas, prostitución vip o de clases altas, callejeras) queda nublada bajo la figura de víctima. Al no admitir el consentimiento, cuando los departamentos de estas mujeres son allanados o cuando las detienen en las calles, para el grupo de policías y psicólogas que intervienen es irrelevante preguntarles si están ahí por la fuerza o no. Es indistinto para la ley y para la teoría que la soporta. En el proceso queda desdibujada quien "pone el cuerpo", cómo lo pone, bajo qué condiciones y con qué efectos. En especial desaparece la tensión, que aquí resulta central, entre autonomía y explotación y los grados de una y otra que existen en una relación de prostitución. Del mismo modo, queda obturada la diversidad de prácticas que son comprendidas bajo el nombre abstracto de prostitución, confirmando la hipótesis de Gayle Rubin, quien observó que cuando ciertas formas de practicar sexo son consideradas "malas", la multiplicidad de formas que puede adoptar y las complejidades parecieran no merecer ser visibilizadas, lo que vuelve imperativa una comprensión antropológica de las diferentes culturas sexuales (Rubin, 1989).

No es nuestra intención negar que existan relaciones de desigualdad marcadas en relación a los *clientes* y la diversidad de actores que de algún modo u otro controlan y viven de la prostitución (policía, sistema judicial, proxenetas, regentes, dueños de los locales alquilados, familias de las mismas mujeres que ejercen) pero también podemos identificar aspectos de autonomía o momentos de soberanía. La prostitución existe bajo dos modos: en las relaciones de desigualdad y en las potencialidades de los cuerpos de los protagonistas (Bourdieu, 2007), que dejan en evidencia una dimensión de autonomía sin asumir que exista una voluntad de poder y de decisión absoluta (Mahmood, 2008), sino instantes de soberanía

[1] Ley 26.364 promulgada el 29 de abril de 2008 y puesta en funcionamiento de modo parcial.

(Bataille, 1996). El "no" de las putas de San Julián puede considerarse como un momento soberano que se articula de modos complejos con contextos de desigualdad. Como se ha visto en otros espacios, como en el caso de los sabotajes obreros a la máquina industrial y a la producción, estas instancias no implican la negación de las condiciones desfavorecidas, sino su reapropiación desde experiencias novedosas.

Por esto es importante centrarse en las prácticas y representaciones concretas de las sujetas involucradas, en cómo ellas mismas lidian con las categorías en sus vidas cotidianas y cómo confrontan presupuestos en sus negociaciones. Esto no solo por ser una tarea fundamental de la mirada antropológica, sino además por el carácter fuertemente moral de los discursos que se esgrimen públicamente en torno a la prostitución y que pueden llevarnos, para uno u otro lado, a que hagamos hablar a dichos discursos antes que a nuestro campo. En una entrevista con Déborah Daich, Adriana Piscitelli (ambas antropólogas abocadas al estudio de este campo) llamó "límites de moralidad" a aquellas prenociones que deben ser puestas en duda cuando escuchamos de las entrevistadas narrativas que no concuerdan con la ideología de la antropóloga (Daich, 2012b). Esto, a su vez, requiere una constante vigilancia epistemológica que, como se desarrollará más adelante, estuvo presente a lo largo de todo este trabajo.

Ahora bien, la preocupación de Rubin es por todas las comunidades que llamó eróticas (Rubin, 1989). Sin embargo, aquí nos enfrentamos a una forma específica. Cabría preguntarnos cuál es su especificidad, cuál es el elemento fundamental que la diferencia de otras formas de sexualidad. Siendo la prostitución una relación, su instancia articuladora, es decir, el elemento que permite entrar en relación y generar un intercambio, es el dinero. Es porque existe un intercambio explícitamente mediado por dinero que podemos siquiera hablar de prostitución. No obstante, este gran articulador, que resulta un enfoque privilegiado para estudiar el fenómeno, nunca ha sido puesto en juego en las perspectivas de investigación que más se han ocupado de estudiar la prostitución y su variante, el *trabajo sexual*, esto es el enfoque de género y el de sexualidades.

El dinero es el que habilita, como veremos, ciertas formas de intercambio, es lo que pone a una prostituta y a su *cliente* en relación, a la prostituta con la policía y el barrio donde se ubica y las prostitutas entre sí afiliadas y pagando una cuota sindical a una misma organización. La existencia de esta instancia intermediaria es indiscutible, pero su estatus es

discutible, es materia de acuerdos y de conflictos: ¿qué sucede cuando se produce el intercambio, cómo se llega a él y en qué condiciones y reglas? Siguiendo este camino, la prostitución se vuelve un problema de interés para debatir en el marco no solo de los estudios de género, de sexualidades y feministas, que han aportado de forma significativa al campo de investigación, sino también de la sociología económica y, específicamente, del dinero.

Esto quiere decir que buscaremos articular las cuestiones de género y sexualidades con los estudios sobre el dinero en un análisis que busca interrogar sobre el cuerpo, el sexo y las prácticas sexuales en las relaciones entre géneros bajo ciertas condiciones materiales y simbólicas en las que son posibles y los procesos y elementos que articulan los intercambios. Intentaré dar cuenta de cómo se encuentran e interactúan en las vidas de un grupo específico de mujeres de sectores populares que se autodefinen como prostitutas y, específicamente, como *trabajadoras sexuales*. Se trata de una categoría nativa que no solo funciona como forma de autoidentificación sexual, sino además y fundamentalmente, política en tanto les permite organizarse como sindicato e intervenir en el espacio público a través de los debates sobre las políticas reguladoras de la prostitución.

Este grupo de mujeres no representa a la totalidad de la población que ejerce la prostitución. La amplitud de prácticas que abarca este campo es enorme y pueden distinguirse según el lugar de ejercicio como puede ser en las calles o "puertas adentro" –whiskerías, departamentos alquilados, bares de copas, confiterías, prostíbulos, etc-; según sexo: existen hombres, mujeres y personas trans ejerciendo en diferentes espacios y para diferentes orientaciones sexuales; en forma individual o en grupo (como el caso de varias mujeres que deciden alquilar juntas un departamento); según nivel socioeconómico que se extiende desde personas de clases medias y altas con un capital cultural significativo hasta prostitución a cambio de drogas y todas las situaciones intermedias; las nuevas formas de prostitución que habilitó internet como las web-camers; el servicio sexual telefónico; y otras formas menos asociadas con el concepto tales como: los bares de striptease, pool-dance, la pornografía, etc. El grupo que hemos seleccionado, mujeres que se autoidentifican *trabajadoras sexuales* y cuya organización constituye un sindicato, nos interesa particularmente porque construyen un mundo en el que se pone en juego y se explicita más frecuentemente la desnaturalización de la prostitución como práctica meramente explotadora o simplemente liberadora. La paradoja se observa en sus discursos articulados por la militancia. Este marco político sindical les permite armar las ideas y categorías nativas asociadas a lo laboral con el objetivo de desarmar la

moralización sobre su actividad y fundamentar su rearmado como trabajo, lo que les permite resignificarlo y así legitimarlo. Con la construcción de estas operaciones y mecanismos en mente es que deben leerse los argumentos que esgrimen y que hemos relevado en esta investigación.

La categoría de *trabajadoras sexuales* responde al carácter sindical de su organización -y su consiguiente deslizamiento discursivo de prostitutas a meretrices y, luego, a trabajadoras- estrechamente ligado a su acercamiento al movimiento obrero argentino en la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA). El grupo de mujeres que aquí se presenta son las dirigentes y afiliadas a la filial de Capital Federal de la Asociación de Mujeres Meretrices de la Argentina (AMMAR), que comenzó a organizarse en el año 1994 en respuesta a la necesidad que tenían las prostitutas callejeras de defenderse frente a los abusos y persecución de la policía. La fuerte relación de AMMAR con la CTA tiene sentido considerando que la última se conforma como una nueva forma sindical que pretende dar respuesta a la necesidad de organizarse de un nuevo tipo de trabajador, el "obrero polisémico", que surge luego de las reestructuraciones neoliberales de la producción y el trabajo (Ghiotto, 2005).

Desde su organización, este grupo de prostitutas se propone salir de lo que perciben como clandestinidad, en referencia al vacío legal en el que se encuentran[2], y "ser reconocidas como mujeres *trabajadoras sexuales*"[3], lo que desemboca en una lucha por el reconocimiento estatal de tal estatus a través del reclamo por la regulación de sus *condiciones de trabajo*. Sin embargo, también existe otro orden de prácticas cotidianas que pude observar en el trabajo de campo, donde se ponen en juego cuestiones prácticas más inmediatas que la dirigencia de AMMAR concibe como atenuar las disputas entre las afiliadas por los *clientes* y los territorios, los problemas con la policía y aquellos entre las afiliadas y los *clientes*. Es por esto que el sindicato resulta un mediador de los intercambios entre las prostitutas afiliadas y sus *clientes*, intercambios que se entrelazan con las relaciones con los demás actores en el campo.

El carácter sindical del universo que aquí me propongo estudiar es solo una de las dimensiones de una agencia que no se entenderá como una estricta resistencia a las formas de

[2] En Argentina la prostitución no es ilegal, pero tampoco se encuentra regulada por ley. Solo existe la Ley de Trata mencionada anteriormente, que busca asistir a las mujeres en prostitución. Esto se debe a que la postura oficial del país es de corte abolicionista y no reglamentarista, conceptos que explicaré más adelante.

[3] Cita extraída de la página web de AMMAR http://www.ammar.org.ar/trabajamospara.htm

dominación masculina, sino como "una capacidad de acción que se habilita y crea en relaciones de subordinación históricamente específicas" (Mahmood, 2008). En prácticas que parecen contrarias a los intereses de las mujeres, ellas producen sentidos propios que dan justificación a su accionar. Se posicionan en lugares incómodos, históricamente asociados a la subordinación. Esto significa que no estaremos identificando espacios libres de dominación masculina, sino formas de subjetivación de las *trabajadoras sexuales* en tanto trabajadoras y en relación a los *clientes* y a su organización en tanto la prostitución no solo puede ser leída como dominación sino también como la condición de existencia de un sujeto político novedoso: el trabajo sexual. Aún en relaciones de desigualdad frente a los hombres, estas mujeres crean su agencia a través de codificaciones y contenidos que demuestran una fuerte capacidad para lidiar con las condiciones en las que se prostituyen y se organizan políticamente como tales, de forma contradictoria, tensionante y conflictiva, pero con gerenciamiento de las fronteras entre lo aceptable y lo no aceptable como *trabajo* (cuando lidian con sus condiciones socioeconómicas), como *cliente* y como *compañera* (cuando regulan sus relaciones al interior de la organización y en el territorio). Tal es así que a lo largo del trabajo de campo he visto que existen tres tipos de relaciones privilegiadas que muestran esa agencia: con las condiciones socioeconómicas en las que viven, con los *clientes* a los que *atienden* y entre ellas mismas como organización sindical.

De esta forma, me pregunto cómo construyen su agencia como *trabajadoras sexuales* el grupo de afiliadas de AMMAR Capital-CTA a través de tres relaciones: con sus condiciones socioeconómicas, sus *clientes* y su organización política. Esta pregunta apunta a entender las formas en que este grupo de mujeres regula y codifica cotidianamente de forma activa tres tipos de relaciones. En primer lugar, cómo lidian con sus situaciones socioeconómicas que resultan apremiantes pero que no implican una "caída" inevitable en la prostitución. Por el contrario, trataré de dar cuenta de un proceso de construcción de un abanico de alternativas de supervivencia reducido pero relativamente fijo, dentro del cual la prostitución se convierte en una "opción" y un aprendizaje del universo de reglas y normas implícitas que la organizan y que les permite participar del campo. En segundo lugar, cómo regulan y establecen las condiciones del intercambio con sus *clientes*, clasificando tanto a las personas como los servicios sexuales, partes del cuerpo y medios de pago adecuados. Por último, analizaré las formas en que estas mujeres regulan las relaciones entre ellas dentro del

sindicato al que están afiliadas produciendo representaciones acerca del compañerismo y el mal compañerismo que organiza la trama de interacciones en las plazas y calles de la ciudad.

Esta investigación toma como premisa el discurso de sus protagonistas al intentar desprenderse de la noción de víctima sin desconocer las formas de violencia, las tensiones y las conflictividades que hacen a las relaciones en este campo. Sin embargo, nuestras hipótesis intentan no subestimar la conformación de un sujeto político, sexual y económico que construye su realidad de forma relacional, lo que implica ver las formas inesperadas que toma la desigualdad, que no siempre se localizan en las relaciones prostituta-*cliente*.

Los estudios sobre prostitutas y mujeres *trabajadoras sexuales*

La prostitución ha sido un caso paradigmático de los problemas morales que surgen en el proceso de mercantilización del cuerpo (Bernstein, 2007). Para Marx, Engels y Simmel, por razones distintas, la prostitución era la práctica que mejor ejemplificaba la explotación en el mundo capitalista y el proceso de objetivación y reducción de fin a medio que produce la sociedad moderna, respectivamente. A fines del siglo XIX y principios del siglo XX, la preocupación por la prostitución excedía al mundo sociológico para instalarse en el orden de la psicología y el higienismo con fuerte arraigo moral, especialmente con una Ciudad de Buenos Aires preocupada por su estatus internacional al ser visto como uno de los centros receptores de mujeres que se trasladaban desde Europa para ejercer la prostitución (Guy, 1994).

El campo de discusiones que presentaremos a continuación está fuertemente marcado por preocupaciones de orden moral ya avanzado el siglo XX y a principios del siglo XXI con interlocutores que intentarán retomar perspectivas etnográficas e históricas para analizar los mecanismos de explotación y violencia, pero también de estigmatización a través de los cuales operan estas moralidades, su relación con las políticas públicas y los movimientos feministas a nivel local e internacional y el análisis de las lógicas que rigen la cotidianeidad, las subjetividades y las relaciones sociales entre los sujetos que forman parte de este mundo.

Una gran cantidad de literatura producida en las últimas décadas tiene por principal preocupación la problemática de la discriminación de diferentes formas de prostitución con el objetivo político, más o menos explícito, de operar una distinción entre *trabajo sexual* y trata de personas o prostitución con fines de explotación sexual. Estos trabajos reconocen la existencia de nuestro universo de investigación, un colectivo de personas que se autoreconoce como *trabajadores sexuales*, distinguiéndose de otro tipo de estudios. Este segundo conjunto de trabajos niega, por razones ideológicas, capacidad de agencia al objeto por considerarse una producción intelectual del feminismo socialista que debe ser sustituido por conceptos como sistema prostituyente al servicio de una industria sexual a nivel global (Jeffreys, 2011). Esta industria, que se compone de redes de trata a nivel internacional, actúa a nivel local a través de lo que este grupo denomina organizaciones proxenetas, que son los organismos que reconocen a la prostitución como un trabajo (Chejter, 2011), reafirmando el contrato social-sexual originario en el cual los hombres tienen derecho a acceder al cuerpo de las mujeres (Pateman, 1995). Éstas no podrían nunca "ejercer" la prostitución, sino que "son prostituidas", pues carecen de agencia propia dentro de un sistema que no deja lugar a su consentimiento, sino a su mero forzamiento (McKinnon, 2011).

Tomaré al primer compendio de investigaciones que han reconocido entidad al objeto que aquí intento analizar. La aparición de este tipo de trabajos coinciden en gran medida con la prohibición de avisos que promueven la oferta sexual (lo que popularmente se asocia al Rubro 59) y la proliferación de medidas de lucha contra la trata de personas a partir del Protocolo de Palermo en Argentina, dentro de un contexto global de preocupación por las redes globales de tráfico[4]. Es por esto que se han ocupado de estudiar lo que Cecilia Varela y Déborah Daich denominan las formas de gobierno de la prostitución (Daich y Varela, 2014) y se han propuesto descubrir los procesos de estigmatización y, en algunos casos recientes, criminalización del *trabajo sexual* en relación a un fenómeno creciente de migraciones globales de mujeres.

En España y en Brasil, las investigaciones de Dolores Juliano y Adriana Piscitelli toman como eje temático el estigma de las mujeres inmigrantes que luego encuentran en la

[4] La prohibición de la publicación de avisos de oferta de servicios sexuales fue sancionada por decreto presidencial el 5 de Julio de 2011. Esta acción se enmarca dentro del Protocolo de Palermo creado en el año 2000 con el fin de prevenir, reprimir y sancionar la trata de personas, especialmente de mujeres y niños, buscando complementar la Convención de las Naciones Unidas contra la delincuencia organizada transnacional.

prostitución una forma de supervivencia. La preocupación de Piscitelli sobre el turismo sexual es analizar la confusión que se produce entre este fenómeno y la trata de personas, en un contexto de migraciones constantes. Por su lado, Juliano propone que tal confusión convierte problemas sociales en policiales, criminalizando a estas mujeres que coinciden en ser, asimismo, inmigrantes (Daich, 2012b). Esta cadena de problemas se completa con lo que Sealing Cheng denomina victimización de las mujeres (Cheng, 2013), lo que las despoja de poder y agencia volviéndolas inadecuadas para dialogar en el espacio público como ciudadanas y justificando, según María Laura Agustín, la creación de una industria del rescate (Agustín, 2005).

Las preocupaciones sobre los mecanismos a través de los cuales opera el estigma encuentran su profundización en la antropología jurídica a través del trabajo de Varela y Daich. Las investigaciones sobre las formas de control de la prostitución en diferentes países y ciudades a través de los tres grandes paradigmas –prohibicionismo, abolicionismo y reglamentarismo- son abundantes[5] (Daich, 2012a; Fassi, 2015; Guy, 1994; Morcillo y Justo von Lurzer, 2012; Walkowitz, 1980). Sin embargo, en un estudio reciente, las investigadoras toman el concepto de formas de gobierno de la prostitución más allá de estos grandes marcos para entender la regulación del sexo comercial en el espacio público a través del sistema penal y las operaciones de rescate de víctimas del mismo (Daich y Varela, 2014). Estas formas de administración, responden a la construcción de la trata de personas con fines de explotación sexual como un problema público a nivel internacional y local (Daich y Varela, 2014; Varela, 2012). En trabajos previos de Varela, resulta especialmente interesante el análisis del desplazamiento de las diferentes formas de prostitución y, específicamente, el *trabajo sexual* hacia la órbita del problema de la trata de personas a partir de la instalación del abolicionismo como perspectiva de varias organizaciones feministas y del Estado argentino (Varela, 2012). De esta forma, como ha demostrado el sociólogo estadounidense Ronald Weitzer, las políticas

[5] El enfoque reglamentarista busca regular la prostitución registrando a las personas que la ejercen, estableciendo zonas y controles sanitarios regulares. Los enfoques abolicionista y prohibicionista están en contra de la existencia de prostitución. El primero tiene por objeto combatir la prostitución, pero especialmente, a través de aquellos que la promuevan o lucren con ella, considerando a quienes la ejercen víctimas de explotación sexual. El segundo busca penalizar tanto la venta como la compra de servicios sexuales, condenando así a todos los actores involucrados, incluidos quienes se prostituyen (Morcillo y Justo von Lurzer, 2012). Según la investigadora Marisa Fassi, también existe el modelo de la legalidad laboral, pero no suele distinguirse como tal porque en la práctica se confunde con el reglamentarismo, ya que funcionan del mismo modo y utilizan las mismas herramientas tales como el registro en el sistema de salud, los controles permanentes en hospitales públicos y la asignación de espacios geográficos específicos para el ejercicio de la prostitución (Fassi, 2015).

anti-trata comienzan a operar como políticas anti-prostitución (Varela, 2012; Weitzer, 2007), lo que opera a un nivel local bajo la forma de control policial con el que las prostitutas callejeras lidian cotidianamente a través de tácticas y estrategias (Daich, 2014).

Una de las consecuencias fundamentales de los procesos de estigmatización puede encontrarse en el trabajo de Carolina Justo Von Lurzer, una de las primeras investigadoras en acercarse al movimiento de *trabajadoras sexuales*. Sus estudios intentan mostrar que la relación entre cuerpo y sexualidad en las mujeres que se prostituyen tiene la particularidad de concebirse socialmente como perversa, ergo ilegítima, por lo que la subjetividad estigmatizada que se genera fragmenta el movimiento de mujeres en prostitución y dificulta la articulación de fuerzas, estrategias y objetivos entre e intra organizaciones (Justo Von Lurzer, 2006, 2008).

Otro conjunto de trabajos se ha preguntado acerca del proceso de ingreso al mundo de la prostitución cuando, como ha estudiado la brasilera Gláucia Russo, el cuerpo de la mujer de sectores populares aparece como un vehículo para la supervivencia a través de la instalación de un precio expresado en dinero (Russo, 2007). Según su trabajo, el dinero tiene una valoración particular en prostitución en tanto elemento económico porque garantiza la supervivencia, pero también como elemento simbólico a partir del cual se construyen identidades entrelazadas con la idea de autonomía personal y una concepción subjetiva de libertad y de poder en relación al hacer y al consumo (Russo, 2007). Existe en estas investigaciones una búsqueda de la racionalidad particular a la que responde la entrada al mundo de la prostitución, la forma en que se construye la decisión de hacerlo, alejándose de una concepción de comportamiento desviado (Walkowitz y Walkowitz, 1973), encontrando sentidos asociados a la actividad, al dinero y a las formas de supervivencia predeterminadas según la pertenencia de clase. En Silvia Beatriz Mendoça encontramos una preocupación por las motivaciones asociadas a un proceso gradual de ingreso en la actividad, en el cual se produce una combinación de prácticas y actividades laborales en paralelo, hasta el descubrimiento y valorización del uso del cuerpo o partes de éste como recursos profesionales (Mendoça, 2012). Su trabajo revela nuevamente el doble carácter del lucro: económico y simbólico y, con esto, la posibilidad de que la prostitución sea fuente de goce, placer sexual y emocional y diversión (Mendoça, 2012). Mendes Losso da un paso más adelante discutiendo no solo la elección de la prostitución, sino además el aprendizaje y los rituales de iniciación que implican la interiorización de las reglas de juego de ese campo como la división de

ámbitos público y privado, las tácticas de ocupación territorial y de espacios de ejercicio, el conocimiento de los *clientes*, etc. (Mendes Losso, 2011).

Una vez "adentro" y preocupándose por las condiciones de continuidad de la actividad, algunas investigaciones se han ocupado de indagar acerca de los ámbitos y formas de sociabilidad de las prostitutas, donde construyen sus identidades de manera relacional. En éste enfoque encontramos trabajos como los de Claudia Fonseca y Susana Rostagnol. Para Fonseca los espacios de sociabilidad de las prostitutas son múltiples, puesto que no solo trabajan en las plazas, sino que además la gran mayoría tiene hijos. La investigadora introduce la noción de carrera para analizar no solo la trayectoria en tanto prostitutas, como había sido analizada por Joel Best en su estudio sobre las carreras dentro de los prostíbulos de Estados Unidos a fines del siglo XIX (Best, 1982), sino además en tanto madres que se prostituían en la calle del centro de Puerto Alegre "batallando" entre la familia y la prostitución (Fonseca, 1996). Susana Rostagnol también intenta captar la complejidad de la construcción de la identidad de un grupo de mujeres callejeras en Montevideo, mostrando que se generan identidades fragmentadas que se articulan a través de las relaciones con otros que las legitiman o no en tanto prostitutas, el espacio físico que ocupan y su cuerpo (Rostagnol, 2000).

Esta fragmentación coincide con los análisis acerca de los límites encarnados creados en las diferentes prácticas que hacen a la prostitución, que les permite distinguirla como un trabajo y organizar sus vidas cotidianas en espacios, prácticas, relaciones, etc. (Morcillo, 2012a). Felipe González resume este trabajo de demarcación entre grandes dimensiones: el uso del preservativo con el *cliente* y no uso con la pareja, la exclusión de partes corporales del intercambio comercial y el control del placer circunscribiendo el orgasmo, por ejemplo, al ámbito privado (González, 2014). Esto implica no solo una delimitación por parte de estas mujeres, sino también un proceso de negociación con sus *clientes* en las que ellas buscan no "contaminarse", como observó Sophie Day en un grupo de callejeras inglesas (Day, 1994), y encontrar una adecuación entre los servicios sexuales prestados y las formas de pago que se aceptarán (Zelizer, 2009), reforzando las fronteras entre lo público y lo privado (Bernstein, 2007).

Por un lado, estos trabajos exigen prestar atención a las negociaciones y resignificaciones de la actividad por parte de muchas mujeres que, según Ceccoli, Dreizik y

Puche, buscan desplazar ideas cosificantes y estigmatizadoras (Ceccoli, Dreizik y Puche, 2009), logrando, según Avalle y Bradán, aportar herramientas para problematizar la noción de trabajo a través de la incorporación del cuerpo sexuado (Avalle y Bradán, 2011). Por otro, los límites, que según Morcillo son simbólicos y corporeizados, son pensados como construidos por fuera de la lógica monetaria, pues son quitados de la venta, salen del mercado, para reservarse a la vida privada (Morcillo, 2012). Esto implicaría asumir, en primer lugar, que la presencia de circulación de dinero señala la existencia de un mercado y, en segundo lugar, que las dimensiones de lo íntimo y de lo económico, que también asumió Georg Simmel (aunque de forma más radical) en relación a la prostitución, se constituyen como esferas separadas y hostiles (Zelizer, 2009). Esta hipótesis fue profundamente redefinida por Elizabeth Bernstein, quien encontró que el esfuerzo por disociar los componentes emocionales del yo de la transacción solo ocurría en la prostitución callejera, pero en los espacios de clase media la relación con el *cliente* exige una experiencia de "auténtica" conexión sexual física y emocional con la mujer (Bernstein, 2007).

La contribución del presente trabajo pretende inscribirse en estas discusiones, entendiendo que las condiciones socioeconómicas, el dinero en la relación con los *clientes* y la relación entre las mismas mujeres en el desarrollo de su organización sindical implican procesos de aprendizaje sobre cómo lidiar con sus condiciones materiales, sobre el funcionamiento del mundo de la prostitución y la sindicalización, entendiendo que la construcción de demarcaciones, fronteras, familiaridades y jerarquías es parte constitutiva de las relaciones monetarias (Mauss, 2009; Zelizer, 2006, 2009, 2011; Aglietta y Orléan, 1989; Hart, 1986; entre otros).

Estructura de la tesis

En el primer capítulo desarrollaré la etnografía como enfoque y como metodología de la presente investigación, constatando la necesidad y utilidad de llevar adelante una constante reflexividad acerca de las prácticas de investigación como una forma particular de relación

social que construye conocimiento en el encuentro con los otros. Intentaré no solo exponer los obstáculos, ventajas y desventajas de ciertas técnicas en el estudio de nuestro campo, sino además, la necesidad de sostener una perspectiva flexible sobre su utilización según los contextos y las relaciones. Pretendo mostrar cómo la relación entre investigadora y sujetas de estudio, que se fue generando a partir de la experiencia etnográfica, devela lógicas propias del campo.

Los siguientes tres capítulos están al servicio de cada uno de los objetivos específicos que me he propuesto para describir las tres relaciones privilegiadas a través de las cuales construyen agencia como mujeres *trabajadoras sexuales* sindicalizadas: el ingreso al mundo de la prostitución, la relación con los *clientes* y las relaciones entre ellas al interior del sindicato.

El segundo capítulo consiste en la reconstrucción de ciertas trayectorias que permite observar cómo algunas mujeres de sectores populares construyen la prostitución como una opción de supervivencia, lidiando con las condiciones socioeconómicas y de pareja de origen, dentro de las cuales cobra sentido el proceso de aprendizaje de las reglas de juego del mundo de la prostitución con el objeto de encontrar autonomía económica y ciertas formas de satisfacción personal.

El tercer capítulo trabaja sobre la forma en que este grupo de mujeres gestiona su relación con los *clientes*, seleccionándolos, discriminándolos y estableciendo las prácticas y medios de pago adecuados para cada uno de ellos y estableciendo fronteras corporales a las relaciones sexuales pagas para preservar su intimidad.

El cuarto y último capítulo versa sobre la regulación de las relaciones entre las mujeres afiliadas a AMMAR, que se organizan a través de la definición y delimitación del universo de *compañeras* y la clasificación de algunas de ellas en *malas compañeras* en relación a dos fuentes potenciales y reales de conflicto: los territorios y espacios que ocupan en el ejercicio de la prostitución y a los *clientes*.

Capítulo I

Campo y enfoque etnográfico corporizado

¿Entrada al campo?

Mi primera aproximación a la prostitución como pregunta y como curiosidad fue de tipo personal e individual a través de mis amigos varones a lo largo de nuestra adolescencia. Algunos de ellos habían "debutado"[6] con prostitutas y, años más tarde, más allá del carácter placentero o tensionante de esa experiencia, continuaban siendo *clientes* frecuentes durante los fines de semana. Parte de los rituales de jóvenes blancos de clase media de Buenos Aires está asociado a las conversaciones de contenido sexual, que buscan especificar algunos momentos y contenidos de las trayectorias que transitan sus sexualidades: las fechas y formas en que se perdió la virginidad, la frecuencia con que se mantienen relaciones sexuales, la cantidad de parejas sexuales estables o no. Es en este marco que podemos interpretar el aumento de mi interés y la cantidad de preguntas que hacía. Sin importarme cuánto incomodaban, tenía licencia para preguntar basada en la amistad que nos unía. Las preguntas trataban de relevar una descripción más o menos exhaustiva de lo que sucedía desde que entraban al prostíbulo o seleccionaban a una mujer de la calle, pasando por cómo la elegían, a quién le pagaban, cuánto pagaban por cada tipo de *servicio*, cuáles eran los *servicios* ofrecidos y los más consumidos por ellos, los cruces de miradas y las conversaciones una vez en la cama, las formas de protección frente a enfermedades de transmisión sexual, las posiciones sexuales, entre tantas otras cuestiones.

Esta primera experiencia permite reflexionar acerca de dos cuestiones. En primer lugar, la posición desde la cual participo de conversaciones sobre prostitución es desde la perspectiva de varones *clientes* o consumidores que tenían naturalizado el fenómeno, pero que mostraban ciertos rasgos de vergüenza ante mis incisivas preguntas. Cuando más tarde tuve contacto directo con prostitutas, me llevó un tiempo notar no solo que yo tenía naturalizado el

[6] "Debutar" es la forma de denominación del acto por el cual se mantienen la primera relación sexual, buscando perder la virginidad.

fenómeno dentro de mis esquemas posibles de las formas en que pueden tomar las relaciones sexuales, sino que además me resultaba espectacular. El mismo morbo social que opera sobre las prostitutas como grupo que condensa tanto el rechazo y la indignación social (Figari, 2009) como una cierta fascinación de sentido común por el manejo de los mecanismos de seducción, operaba sobre mi perspectiva sobre ellas. Esto me obligó, por un lado, a hacer un esfuerzo constante por exorcizarme de su exotización, pero por otro, me permitió no portar un marco interpretativo miserabilista sobre las sujetas y sus prácticas.

En segundo lugar, cuando reconstruimos el proceso de "ingreso" al campo, solemos pensar en términos de un campo ya constituido que espera a que el o la investigadora llegue con su misión de extraer lo que los sujetos hacen y dicen e irse. Por el contrario, vemos aquí que hay múltiples formas de acceder a lo que una quiere ver y analizar y que ese acceder es, en realidad, una construcción del encuentro etnográfico. Yo no "entré" al mundo de la prostitución para obtener datos, sino que se fue construyendo en diálogo con varias instancias. Como ya fue mencionado, el primer encuentro fue a través de mis amigos de la adolescencia. El interés que encontró su germen en esas charlas, se revitalizó a partir de las discusiones en un espacio de investigación del que participaba dentro de un pequeño sindicato de la Central de Trabajadores de la Argentina, a partir de las cuales logro obtener el primer contacto con el grupo de prostitutas sindicalizadas en AMMAR.

Mi primer contacto fue con Elena Reynaga[7], una de las fundadoras de AMMAR y secretaria ejecutiva de la Red de Mujeres *Trabajadoras Sexuales* de América Latina y el Caribe, con quien tuve una conversación acerca de lo que quería investigar. Se puede decir que la conversación y el contacto posterior fluyó gracias a que yo venía desde dentro de la CTA y ellas estaban especialmente interesadas en tener difusión dentro de una Central que sentían no siempre las veía como iguales. Lo cierto es que el trabajo con las dirigentes del sindicato enseguida me facilitó el contacto con varias militantes y afiliadas de la ciudad de Buenos Aires a través de reuniones y de los "talleres de los miércoles", espacios en los que pretendían, fundamentalmente, formar en políticas y normativas que controlan sus prácticas (Ley de Trata, procesos de allanamiento, detenciones, control y operativos policiales en las calles y en departamentos) y en cuidado sexual y reproductivo a las afiliadas, generalmente,

[7] Solo en este caso utilizamos el nombre legal de la persona por su visibilidad política y su autorización. Luego, cambiaremos los nombres para reservar la identidad de nuestros interlocutores.

callejeras. Como trabajaban primordialmente con chicas que ejercían en las calles[8] de varios barrios de la ciudad, pero especialmente en los barrios de Villa del Parque, Constitución y Once, los talleres también se daban al aire libre en esos lugares, junto a actividades como el reparto de preservativos, la resolución de conflictos específicos en ciertos barrios, eventos especiales para el Día Internacional de la Lucha contra el HIV y el Día Internacional del *Trabajo sexual*, entre otras, que hacen parte al trabajo de terreno político. Hice esta investigación en estos espacios, barrios, calles, esquinas y plazas desde agosto de 2011 hasta marzo de 2013 con algunas interrupciones.

Los primeros momentos del trabajo de campo estuvieron marcados, en gran medida, por el ambiente inaugurado por la Ley de Trata antes mencionada. La ley establecía un marco de interpretación de la prostitución como forma de violencia hacia las mujeres bajo organizaciones criminales internacionales. A partir de su sanción, comenzó a propagarse una ola de decretos municipales de cierres de establecimientos donde se ejercía la prostitución. Una de las medidas tomadas por el gobierno nacional fue sancionar el Decreto 936 de erradicación de la difusión de mensajes e imágenes que estimulen o fomenten la explotación sexual, sancionado en julio de 2011. Esta decisión puede entenderse no solo en relación a una renovada preocupación por la violencia de género (bajo la figura de los intercambios de sexo por dinero) y las redes criminales de explotación sexual a nivel global, sino también en el contexto de las tensiones con el conglomerado mediático más grande y concentrado de la Argentina, el Grupo Clarín, con quien estableció una relación tirante a partir del 2008 (a raíz de lo que pasó a llamarse "El conflicto con el campo"[9]). El decreto establece la prohibición de lo que vulgarmente se conoce como el Rubro 59 del diario del mencionado grupo. Este espacio representaba una ganancia de un millón de pesos mensuales para el periódico y según el decreto se publicaban "avisos que promovían la oferta sexual o hagan explícita o implícita

[8] Cabe señalar que también trabajaban con mujeres que se prostituyen "puertas adentro", esto es en cooperativas administradas por las mismas *trabajadoras sexuales* en departamentos alquilados por ellas (política promovida por el sindicato), y en menor medida, algunas mujeres que trabajaban o habían trabajado en prostíbulos, whiskerías y otros espacios que tienen por denominador común estar regenteados por una persona que no se prostituye y tener un dueño o dueña (figura del proxeneta), lo que ha generado en años posteriores a nuestro trabajo de campo situaciones conflictivas e internas tensionantes dentro del mismo sindicato.

[9] El gobierno nacional decidió colocar retenciones impositivas móviles a la exportación de soja, trigo y maíz, por lo que cuatro instituciones del sector (Sociedad Rural Argentina, Confederaciones Rurales Argentinas, CONINAGRO y Federación Agraria Argentina) quienes se llamaron a múltiples protestas y paros. En este conflicto, el grupo Clarín se colocó a favor de estos organismos, sesgando la forma en que publicaba las noticias sobre los acontecimientos, enfureciendo al gobierno nacional.

referencia a la solicitud de personas destinadas al comercio sexual por cualquier medio", lo que constituía un "vehículo efectivo para el delito de trata de personas"[10].

Un mes después yo comenzaba un trabajo de campo que encontró entre las sujetas de estudio un rechazo fuerte al decreto y una sed por discutir las consecuencias negativas que se traducirían en dos problemas: uno más inmediato ante la dificultad de aquellas mujeres que utilizaban el Rubro 59 para publicitar sus *servicios*; y otro que consideraban aún más problemático, la presuposición de que detrás de la publicación de todo aviso de oferta sexual estaban las redes de trata de personas, lo que sentían que negaba su existencia en tanto prostitutas que decidían publicitarse de forma autónoma.

En medio de la aversión a la medida que se expresaba en apariciones de las representantes de AMMAR en los medios inspirada en una necesidad por pronunciarse, por diferenciar el *trabajo sexual* de la trata de personas, por establecer distinciones al interior de las formas de prostitución que existen, por dialogar en busca del reconocimiento de varias entidades estatales, se volvía necesaria una perspectiva de investigación que me permitiera conversar con esas narrativas que parecían afianzar ciertas definiciones del mundo de la prostitución, el *trabajo sexual*, los intercambios y prácticas sexuales, el rol del dinero y las relaciones mantenidas con los *clientes*, las *parejas* y las *compañeras*.

La etnografía como enfoque y como método

En ocasión de un conversatorio en la cátedra del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo en la Universidad Nacional de San Martín en 2014, donde presenté algunos resultados del presente estudio, fui consultada acerca de la legitimidad de mi interés en un campo que, según la persona que hizo la intervención, avalaba la explotación sexual, la trata

[10] Fragmentos extraídos del Decreto 936/2011: Promuévese la erradicación de la difusión de mensajes e imágenes que estimulen o fomenten la explotación sexual, sancionado el 5 de julio de 2011.

de personas y la violencia. Recogiendo con preocupación el tono de la pregunta, resultó una buena oportunidad para desarrollar la relación entre la investigación que llevaba adelante y la perspectiva metodológica que encuentra en el "otro" a un interlocutor privilegiado para construir conocimiento sobre lo que sucede, lo que se siente y lo que se piensa en ese universo.

Es por esta razón que me gustaría recuperar la concepción de la etnografía como enfoque y no solo como método. Siguiendo a Rosana Guber, se trata de una forma particular de concebir y practicar el conocimiento que privilegia la perspectiva de los sujetos sociales para comprender los fenómenos sociales (Guber, 2008 y 2012). Es por esto que, como enfoque tiene la ventaja de permitirnos someter los conceptos de las teorías que versan sobre los intercambios de sexo por dinero, sobre las relaciones entre hombres y mujeres y sobre las mediaciones monetarias a las experiencias concretas de quienes producen esas relaciones. Los interrogantes y reservas que muestra gran parte de la literatura (que analicé en la Introducción) a la hora de considerar al *trabajo sexual* como una entidad que posee agencia para intervenir en el espacio público, lo que lleva a anularlo como objeto de investigación, es un resultado de lo que Guber denomina epistemocentrismo (Guber, 2012). Se trata de una tendencia a imponer el propio marco interpretativo que encuentra su origen en modelos teóricos dentro de un campo académico marcado por luchas que le son inherentes y donde se juegan perspectivas teóricas que no siempre dialogan con referentes empíricos.

Podemos encontrar una consecuencia adicional a esta perspectiva, pues implica replantear el estatus privilegiado de la investigadora como productora de conocimiento (Guber, 2008 y 2012) y, en el mismo movimiento, no subestimar la capacidad reflexiva de las protagonistas o, aún mejor, recuperar la dimensión reflexiva de quienes intentamos estudiar, creadoras excepcionales del conocimiento que nos interesa. Son las mismas sujetas de estudio las que producen representaciones y prácticas con las que entramos en contacto y discutimos durante el trabajo de campo a través de la observación participante y, en menor medida, entrevistas no dirigidas e informales.

Todo lo expuesto no pretende establecer un rol relegado para la investigadora, por el contrario, como instrumento de conocimiento y como cuerpos que porta cargas de género, de clase, de raza, de posición frente al conocimiento académico, etc. (Guber, 2012; Cefaï, 2013). Es por esto, que el encuentro etnográfico es un encuentro entre las teorías de la investigadora

y las teorías nativa, en el que se juega un juego muy delicado entre creación de familiaridad, intentar no ser "una nativa más" y el extrañamiento. Las situaciones que describiré en los capítulos venideros no se habrían producido o construido narrativamente, preocupadas por hacerse entender de ciertas formas y no otras, fuera del contexto corporal del encuentro etnográfico. De aquellos encuentros quiero dar cuenta a continuación, problematizando la herramienta, entendida como la investigadora histórica, social, académica, económica, racial y sexualmente situada en diálogo con personas para quienes tales posiciones no resultan indiferentes. Para ello, recuperaré algunas nociones nodales del trabajo de Daniel Cefaï sobre el saber-hacer, el saber-decir y el saber-ver en el trabajo de campo (Cefaï, 2013).

Saber y no saberME *trabajo sexual*: saberes en la investigación

La aproximación al campo de la prostitución sindicalizada a través de AMMAR implicó un aprendizaje, adquirir un saber-hacer, un saber-ver y un saber-decir (Cefaï, 2013). Sumergirme en este universo particular significó aprender lo que podía y no podía hacer, lo que podía y no podía ver, y lo que podía y no podía decir y las maneras en que podía llevar a cabo tales actividades. Me gustaría argumentar que el acceso al campo, por lo menos en este caso, no puede pensarse como un momento único de ingreso. Suele pensarse como un momento o instancia de la investigación etnográfica, cuando en verdad resulta más fructífero recuperarlo como un tiempo más o menos prolongado de construcción de relaciones que no puede reducirse a una instancia única y que está marcado por un acercamiento no siempre directo, sino que puede llegarse a él antes de efectivamente conocer a las sujetas de estudio a través de, por ejemplo, la bibliografía, los colegas investigadores de la temática y los contactos previos.

Saber-hacer, saber-entrevistar, saber-registrar

Podemos decir que encontré dos cuestiones fundamentales en lo que hace a este punto. En primer lugar, saber registrar; y en segundo lugar, las exigencias y acusaciones con respecto a mi accionar y mi presencia en ese campo. En cuanto a las formas de registro, desde el primer momento he encontrado una serie de obstáculos, ya que las formas de registro tradicionales, tales como la toma de notas y las grabaciones de audio, encontraban resistencias. Usualmente, estas acciones no pasaban desapercibidas. Por el contrario, desde mi primer día de campo cuando entrevisté a Elena Reynaga, me encontré con una militante y referente frente a sus compañeras y frente a los medios masivos de comunicación, que, convencida de que iba a grabarla, enseguida desplegó su discurso mediático. La presencia o espera del grabador la incitaba a decirme todo aquello que ya conocía, que ya la había escuchado decir en varias entrevistas y que no profundizaban en los aspectos que a me interesaban acerca de la prostitución. Asegurarle que no iba a grabarla, apartar de ese espacio el dispositivo del grabador, se convirtió en una estrategia para lograr que ella saliera de su lugar de representante de la institución frente a los medios, lo que me permitió acceder a información acerca de las dificultades que ella encontraba cada vez que la entrevistaban y de los problemas en la concepción de su actividad a la hora de hablar en los medios, y frente a la razón por la cual la convocaban permanentemente: la entonces reciente prohibición del Rubro 59. Pude asimismo acceder a información acerca de las militantes, la razón por la cual se sindicalizaban y el acercamiento muy novedoso de las *chicas 5 estrellas* (prostitutas VIP, escort, pertenecientes a sectores medios-altos y altos) al sindicato, que usualmente nuclea a mujeres prostitutas de sectores populares.

Por otro lado, una vez avanzado el trabajo de campo y pudiendo haber accedido a conocer a varias *trabajadoras sexuales* callejeras, he encontrado que se producía un efecto de censura (Bourdieu, 1999) en las relaciones que establecí con las entrevistadas. Este efecto de censura respondía principalmente a dos cuestiones: por un lado, el estigma social que cae sobre su actividad, lo que implicó que no quisieran develar parte de la información que a mí me interesaba, agravado por formas de registro tales como las anotaciones (ya había comprendido que el grabador me presentaría más problemas que soluciones a la hora de dialogar con ellas); por otro lado, la presencia de otros cuerpos que habían circulado por el

mismo campo desde una posición académica similar a la mía. Efectivamente, la presencia de un investigador antes de mi llegada, constituyó un obstáculo, pues muchas habían quedado algo perturbadas por sus preguntas en referencia a las relaciones emocionales y amorosas sostenidas con los *clientes* y, lógicamente, se veían reacias a entablar un diálogo con una persona que viniera del mismo mundo. Ellas sentían, y con razón, que la academia había invadido su espacio, sin importar el sexo ni las características particulares de quien personificara esa universidad que entraba en su espacio.

Es por todas estas razones que la creatividad tuvo que hacerse un lugar en mi forma de acceder a lo que quería ver. Tuve que adquirir un saber-hacer. El llegar al campo y comenzar a preguntar y registrar no era una opción viable, si quería obtener un diálogo más o menos fluido con ellas. Es así que renuncié a la idea de hacer entrevistas *in situ*, ya que se sentían invadidas, e implementé "caminar y charlar" y dejarlas hablar. Como las preguntas formalmente formuladas eran un obstáculo, decidí simplemente asegurarme una presencia más o menos continua en el campo y simplemente acompañarlas y conversar. Esto implicó que lo que denominamos normalmente como entrevistas se constituyeran en forma de fragmentos aislados a lo largo de mi trabajo de campo, a lo largo de los días, de los espacios y de la confianza que nuestra relación iba tomando.

Saber-ver, saber-observar

Me resultó muy difícil, por momentos, ver lo que quería ver. Mi interés estaba en el aspecto económico y monetario de los intercambios entre prostitutas y *clientes*, pero la dimensión política y sindical de esas relaciones se me imponía contamente. Temía perder de vista mi objetivo de investigación. Sin embargo, fue preciso desarrollar una sensibilidad etnográfica frente a aquello que no quería ver, pero que me estaba diciendo algo acerca de estas mujeres, me estaba hablando fuertemente acerca de su activismo. Tuve que adquirir un saber-ver: saber ver la forma en que su militancia y el sindicato como institución influían en los intercambios con los *clientes*. Esto resultó fundamental para el estudio, ya que el sindicato

era un espacio de fuerte regulación de las relaciones con los *clientes* y entre ellas mismas, con especial hincapié en estas últimas. La organización interviene en problemas que se dan entre las *trabajadoras sexuales* por el territorio y por ciertos tipos de *clientes* (aquellos denominados *clientes de siempre* con los que se establecen relaciones de largo tiempo, marcadas por la confianza y la familiaridad en los tipos de *servicios* y los tipos de pagos recibidos a cambio). Con este fin, se llevaban a cabo talleres y charlas en los barrios y en la oficina de la organización, aunque la concurrencia es muy fluctuante. En tales espacios, la intervención sobre las interacciones entre *trabajadoras* se realizaba a través de dos categorías dicotómicas que regulaban moralmente los comportamientos en el territorio y con los *clientes*: la *buena compañera* y la *mala compañera*. Las trabajadoras llamaban *mala compañera* a aquellas con las que surgen conflictos, que suelen tener que ver con hacerle saber al *cliente de siempre* de otra compañera que ella continuaba trabajando, a pesar de los pedidos del varón de cese de las prácticas de prostitución.

Saber-decir, juegos y disputas del lenguaje

Entrar en los juegos del lenguaje fue probablemente lo que me permitió saber-hacer y saber-ver. Entender y comprender el lenguaje de los insultos y las bromas fue especialmente importante para construir relaciones con ellas, y contribuyeron en gran medida a sentirme cómoda en el campo. Además, los juegos del lenguaje me permitieron entender algunas dinámicas propias del campo. Por ejemplo, en un principio, la utilización de la trata de personas como broma solía causarme ciertos resquemores, me sorprendía y descolocaba. Sin embargo, luego de un tiempo de permanencia en el campo comprendí que esa utilización respondía a un intento de burla para establecer un extrañamiento que ellas en su discurso operan constantemente: el *trabajo sexual* no es igual a trata de personas. Este uso sufrió cambios luego de la sanción de la última ley anti-trata, lo que implicó que ya no fuera material para bromas, sino material de graves conflictos debido a los problemas que ellas estaban sufriendo en las cooperativas de *trabajo sexual autónomo* y la merma en la cantidad de *clientes*, entre otros.

Por otro lado, el saber-decir es un aspecto fundamental de la etnografía, pues una de las primeras actividades que realicé fue la identificación de categorías nativas y de problemas específicos del campo en los que operan las categorías o, mejor dicho, comprender su silenciamiento y encontrar sus voces, en las diferentes formas y expresiones que adoptan (Ginzburg, 2001). Esto implica entender el lenguaje: sus categorías y significados asociados a ellas (qué dicen y cómo lo dicen), y las formas en que éstas se articulan en problemas particulares (quiénes las usan y quiénes no, frente a qué situaciones, qué significados adoptan encada una, qué vida tienen estas palabras en las vidas de estas mujeres). Es por esto que, saber-decir comienza con saber-escuchar.

El hecho de vivir estas experiencias deja en evidencia lo que Cefaï denomina el cuerpo-afectivo (Cefaï, 2013). Efectivamente, me he encontrado con situaciones que me afectan y me conmueven, que la experiencia etnográfica impide que sean ocultadas. Por el contrario, siendo un espacio de militancia, cuyas miembras sufren la intervención de la policía y sus abusos, no podía mostrarme distante, indiferente o desafectada. El afecto me permitió generar complicidades con ellas. Así, la interacción cuerpo a cuerpo que involucra mi participación activa afiliando, repartiendo preservativos, participando de debates, escribiendo actas de reuniones y apuntes, participando de talleres y dando consejos (en relación tanto a cuestiones del sindicato discutidas en los talleres como a problemas de orden de la vida privada de algunas afiliadas) no solo era una necesidad, como la plantea Daniel Cefaï, sino también un requerimiento. Ellas solicitaban constantemente mi involucramiento directo y activo en estas actividades. Estos requerimientos responden a la dinámica propia del campo en el que me inserté, pues se trata de un espacio de militancia, un espacio donde se busca un compromiso activo, por lo que sus demandas por mi participación y la negativa a que yo sostuviera una postura neutral ante sus problemáticas eran (y son) demandas que se inscriben en la lógica de las relaciones que establecen entre ellas. No obstante, cabe mencionar que también me generó problemas, ya que muchas veces me he encontrado en la dificultad de extrañarme de ciertos discursos y sostener el extrañamiento etnográfico.

Significados en torno al cuerpo de la etnógrafa: la secretaria de actas, la asesora, la técnica, la investigadora

En una investigación sobre los cuerpos sexuados de estas mujeres puede perderse fácilmente de vista el cuerpo de la etnógrafa. Considerando que la etnografía intenta pensarse como un diálogo cultural, la circulación y adjudicación mutua de percepciones –de mi parte con respecto a ellas, pero especialmente, de ellas hacia mi persona- es una dimensión importante del trabajo de campo que concibe al conocimiento como una construcción conjunta de la investigadora y las mujeres con las que dialoga en contextos y tiempos específicos. Mi presencia allí adquirió distintos estatus y denominaciones a lo largo del tiempo, fui puesta y me puse en ciertos roles en lo que Rosana Guber denomina "negociación" entre informantes e investigadora (Guber, 2008). Es preciso abordar la movilidad de los cuerpos en el campo en sus dimensiones política, de género, de sexualidad, de clase y de raza.

Al comienzo de la investigación, el primer contacto con las sujetas de estudio fue posible en calidad de miembra del Centro de Estudios Sociales y Sindicales de un pequeño sindicato de la CTA dirigida por Pablo Micheli. Desde entonces fui considerada, por un lado, como "compañera de la CTA" (aunque yo no fuera una afiliada) y, por el otro, como una especie de asesora en materia política, en especial, en lo que hacía a la relación con la CTA y el lanzamiento de comunicados (a pesar de haberme querido abstener de intervenir en estos asuntos y de no tener aptitudes para asesorar en materia de relaciones sindicales).

Otro lugar en el que enseguida fui puesta, fue el de una suerte de secretaria de actas. Como notaban que yo tomaba notas durante los encuentros con ellas, especialmente en las reuniones y talleres de afiliadas, vieron en mí la posibilidad de registrar todas las actividades del sindicato y lo que ocurría en ellas, ya que yo participaba de todas ellas y anotaba lo que sucedía. Es así que, en mi afán por hacer una humilde devolución a estas mujeres por dejarme ser parte de sus vidas y escribir mi tesis acerca de las mismas, me convertí en una suerte de secretaria de actas, registrando, redactando y armando actas e informes sobre lo que sucedía en las reuniones, recorridas en el terreno y actividades. Para posibilitar que yo cumpla con esta tarea, pues con el tiempo se convirtió en un compromiso fuerte ya que tenían expectativas de que yo me comportara de esta forma, solían presentarme frente a los organismos gubernamentales con los que nos reuníamos (INADI, por ejemplo) como la "técnica" del

sindicato. Se trata de una figura particular, pues algunas de las dirigentes no sabían leer ni escribir, por lo cual la técnica se encargaba de registrar todo lo que sucedía, redactar los informes y, lo más importante, redactar proyectos para solicitar financiamiento a organismos internacionales.

Por otro lado, durante las recorridas por el terreno, esto es recorrer las plazas y barrios de mayor concentración de *trabajadoras sexuales*: Once, Constitución, Liniers y Villa del Parque, principalmente, se me presentaba como trabajadora del sindicato y, como tal, se me solía colocar en el lugar de registradora de "injusticias y abusos" por parte de la policía. Varias veces me encontré en la situación de que una trabajadora se me acercara y me pidiera que registrara una situación particular que había sufrido con la policía. En algunas ocasiones, incluso, he sido vista como *trabajadora sexual*. Esto ocurrió solo con dos grupos particulares: con algunos *clientes* del barrio de Villa del Parque, que pensaron que yo me encontraba trabajando como *trabajadora sexual* y con un grupo de mujeres dominicanas en Once, para quienes mi presencia resultaba molesta o, incluso, amenazante. Con ellas enseguida asumía y afirmaba el lugar desde el cual me presentaban "No, no, trabajo con el sindicato". Encuentro que siendo mujer y constituyéndose el espacio de una plaza no solo como un lugar de trabajo, sino también como un lugar de competencia por el territorio y los *clientes*, la llegada de una nueva mujer a trabajar no fuera tomada con liviandad. Efectivamente, este hecho me permitió ver algunas de las lógicas de competencia, los conflictos en torno al territorio y las reglas que rigen la entrada a una cierta plaza o barrio de la ciudad (condiciones a las que comencé a prestar mucha más atención a partir de este evento). No obstante, aún continúo intentando entender exactamente por qué en estas oportunidades y con estos grupos particulares mi presencia, mi cuerpo sexuado, ha sido visto como el de una *trabajadora sexual*.

Es un lugar común realizar investigación desde una mirada descorporeizada que, muchas veces, en los campos relacionados con las sexualidades, suele responder a un mandato hegemónico de celibato (Morcillo, 2010). Según Santiago Morcillo, un estudioso del *trabajo sexual* en Argentina, este mandato se corresponde con una necesidad impuesta por garantizar la objetividad científica y por mantener a salvo el *self* del investigador o investigadora. Retomando sus reflexiones, es iluminador establecer un diálogo de género, ya que en su caso, siendo un hombre blanco heterosexual universitario de clase media se encontró con que las interacciones con prostitutas adquirían un tinte sexual, lo que le facilitó la accesibilidad al campo y su seguridad dentro del mismo.

En mi caso, las desigualdades de poder no pasaban por la dimensión de género en las relaciones del campo. De hecho, probablemente, donde más se notó esta dimensión fue en la preocupación que mis allegados me transmitían ante mi inmersión como mujer en espacios donde se ejerce la prostitución. En mis familiares, amigos y colegas operaba una suerte de imaginario acerca de la mujer joven que se adentra sola en el mundo abominable de la prostitución que roza con experiencias ilegales y que tan cerca se encuentra de los circuitos de la trata de mujeres. Los miedos transmitidos -y verbalizados en frases como "cuidate", "acá tenés el número del abogado por si aparece la policía"- estaban movilizados por la conjunción entre una idea de que una mujer en ese contexto se encuentra desprotegida y un preconcepto acerca del mundo de la prostitución como espacio especialmente peligroso.

Continuando la argumentación, las desigualdades de poder en relación a las mujeres con las que convivía pasaba mucho más por aspectos de tipo socioeconómico y de educación formal. Efectivamente, nadie cuestiona cuál es el lugar de un varón en el campo del sexo comercial, pero sí muchas veces se cuestiona la presencia de una mujer, a través de la cual las desigualdades de género no operan tan explícitamente pero cuyo cuerpo de mujer blanca formalmente educada no pasa desapercibido. De hecho, genera algunos roces. En este contexto analítico es que podemos reflexionar acerca de las situaciones tensionantes con las mujeres prostitutas dominicanas, con las cuales la relación que establecí nunca fue fluida, sino que se redujo a unas pocas interacciones en algunas tardes.

El lugar de prostituta me fue adjudicado en otras instancias de la investigación, pero de otras formas. Hacia el comienzo, solía ser el centro de bromas acerca de mi venta a redes de trata de mujeres (cuando la ley de trata aún no presentaba grandes problemas para el desempeño de su actividad, luego las bromas ya no tenían lugar), y acerca de mis intenciones en ese lugar. Efectivamente, bromeaban que yo acudía a ellas para "aprender el oficio" y que, en verdad, buscaba afiliarme al sindicato. En este sentido, se puede decir, que la broma funcionaba como una forma de mantener a la intrusa vigilada. Se trataba de mantenerme a distancia, relativizar mi presencia en su espacio, y neutralizarla de algún modo, aislar en cierta medida a la extraña que llega para observarlas y hacerles preguntas. La forma de aislarme fue a través del uso del humor negro, donde la presencia de la amenaza de trata de personas es uno de las situaciones más radicales que puede sucederle a una mujer en ese campo particular.

Pienso que estas experiencias no son anecdóticas, sino que pueden explicarse e iluminar algunas de las dinámicas propias del campo de la prostitución sindicalizada. Efectivamente, se pueden comprender en gran medida porque este campo es concebido por sus protagonistas como un espacio de trabajo. Lo que yo hago profesionalmente, mi trabajo académico, no era un lugar legítimo para ubicarme desde su perspectiva (de hecho, en momentos en lo que me he tenido de ausentar por meses del campo para poder escribir, he sido acusada –amigablemente- de vaga, de desaparecida). Construyeron para mí otros lugares, a los que yo me acercaba o asumía, o me alejaba. Fui para algunas de ellas en situaciones y momentos particulares: asesora política, secretaria de actas, redactora de informes, técnica, y aprendiz de *trabajadora sexual*. Claramente, la lógica sindical de trabajo estaba presente en su forma de categorizar mi cuerpo y concebir mi presencia dentro de su universo.

CAPÍTULO II

Aprendiendo a ejercer la prostitución

La *dobleta*

En 2011 las dirigentes y algunas afiliadas de Ammar Capital CTA se preparaban para el acto del Día Internacional de la Lucha contra el Sida en su oficina del segundo piso del edificio de la CTA Capital. Carla, Marta, Romina y yo tomábamos mate mientras charlábamos. Las tres provienen de sectores populares y se conocieron en las calles de la Ciudad de Buenos Aires hacia los años 2000, cuando comenzaron a emprender diferentes caminos hacia la militancia, algunas de ellas más temprano y otras más tarde[11]. Hoy en día rondan los 50 años. Ninguna supera el metro sesenta y cinco de altura, de figuras voluptuosas y curvilíneas, las tres vestían jeans y remeras. No es extraño que las conversaciones sobre su trabajo de terreno en las calles de Buenos Aires se entremezclen con comentarios y relatos sobre las parejas, las familias y todo lo que hace a la cotidianeidad de las afiliadas. Hoy, las tres se expresan develando una memoria autobiográfica (Mendoça, 2012) estructurada por sus trayectorias de militancia que dan sentido y coherencia a los relatos constituyéndolos en narraciones particulares, articuladas y al servicio de un discurso político-militante.

En esta oportunidad, conversábamos sobre sus ex parejas. El ex marido de Romina cumplía años el día siguiente y quería hacerle una "fiestita". La connotación sexual en esta expresión es clara. Las tres conocen bien los entrecruzamientos entre matrimonio, divorcio y entrada al mundo del "trabajo". Corrían los años '80 y la escasez de ingresos en los hogares compartidos con sus maridos. En general, sus parejas tenían empleos muy precarios o estaban

[11] Ammar Capital CTA, en general, nuclea a mujeres de sectores socioeconómicos que pueden denominarse bajos y que, normalmente, ejercen la prostitución callejera. Sin embargo, existen relatos de movilidad social ascendente gracias al ejercicio de la prostitución hacia sectores medio-bajos. Es importante señalar que existen otros tipos de prostitución (denominado VIP, 5 estrellas, en domicilio particular, en prostíbulos, web-camers, mujeres universitarias que buscan costear sus estudios y gastos de consumo) que solo en cantidades muy reducidas pueden encontrarse entre las militantes de este sindicato.

desempleados, por lo que ellas decidieron salir a trabajar como empleadas domésticas. Este tipo de actividad constituye una de las formas más habituales de supervivencia económica para las mujeres de sectores populares hace décadas (Torrado, 2004; Gorbán, 2013), con la particularidad de la fuerte precarización laboral de los sectores informales en los años '80 debido a una baja capacidad de la economía para generar empleos formales (Torrado, 2004).

Romina y Carla trabajaban en agencias de servicio doméstico. Éstas, generalmente administradas por una mujer, contrataban sus servicios cuando un *cliente* se comunicaba para solicitarlos. En nuestra conversación, ambas se dieron cuenta de que, durante algún tiempo, trabajaron para la misma agencia ubicada en Congreso, cuya dueña se apodaba Pochi. Ambas se vieron involucradas en la misma situación que me relataron a continuación. Las dos fueron enviadas a la casa de un "tipo asqueroso", con uñas largas y sucias y un departamento en Av. Libertador. Carla recuerda que cuando llegó a su casa, él le preguntó si hacía lo mismo que la chica que solía ir, a lo que ella contestó mecánicamente que sí, segura de que se trataba de los habituales servicios de limpieza. No estaba enterada de que no eran los únicos servicios usualmente prestados a ese *cliente*.

Comenzó sus actividades de limpieza como en cualquiera de las casas a las que solía prestarles este servicio. Luego de unos minutos, el hombre empezó a aproximarse. Romina enseguida identificó lo que él buscaba, la *dobleta*, a lo que Marta agrega: "quería que le limpiaran todo, la casa y el sable". Se trata de una práctica en la cual el *cliente* contrata simultáneamente los servicios domésticos y los servicios sexuales de una mujer que voluntariamente los presta. En ese momento de sus vidas, teniendo unos 30 años de edad, ninguna tenía el conocimiento específico del campo que hoy poseen y que les permite nombrar esa práctica como tal y articularla de forma significativa en un relato coherente. Por el contrario, en el momento de los hechos se vieron sorprendidas por una situación que encontraron desagradable. Ambas suponen que Pochi sabía perfectamente que ese hombre quería la *dobleta*, pero que estos intereses no eran revelados cuando eran convocadas para hacer el trabajo. El dueño de casa, empezó a manosear a Carla, quien inmediatamente huyó corriendo y gritando del departamento. A Romina le pasó lo mismo, pero después de dos horas de limpieza, se puso a gritar y le dijo que le pagara las cuatro horas previstas, a lo que se negó. Entonces, agarró un jarrón de bronce (porque según ella el bronce se vendía muy bien en esa época) y lo amenazó con llevárselo. El hombre finalmente le pagó.

Hacia un aprendizaje

Ambas salieron corriendo del departamento, pero no imaginaban que aquella práctica que las había sorprendido de la forma menos grata posible, luego se convertiría en una actividad habitual para la generación de ingresos superiores a los que en ese momento obtenían por el empleo doméstico. La *dobleta* se convierte en una primera aproximación a lo que Mendes Losso denominó un cuidadoso aprendizaje de las reglas sociales que rigen el universo de la prostitución en ese contexto particular (Mendes Losso, 2011), que se produce por vías informales. Este proceso de adquisición de las reglas de juego del campo de la prostitución, que será descripto en el presente capítulo, intenta poner en tensión las nociones de "vida fácil" y de "víctima" puestas en juego tanto en el sentido común sobre la prostitución como en la teoría social clásica.

En primer lugar, la idea de "vida fácil" funciona como una especie de mito en torno a la actividad que posee dos aristas fundamentales. Por un lado, la presunción de la facilidad en la obtención de ingresos y, por el otro, una sospecha sobre la legitimidad de la forma en que fueron adquiridos. De los estudios de Viviana Zelizer se desprende que el origen y el uso del dinero no son indistintos en términos valorativos. El dinero se marca social y moralmente según su origen y su uso (Zelizer, 2009 y 2011). De esta forma, los usos que socialmente se consideran ilegítimos se vuelven moralmente sospechosos, como explica Felipe González tomando como referencia los trabajos de Dewey y de Jeffrey & MacDonald (González, 2014). Además, ese dinero no solo es sospechado por encontrar su origen en el intercambio por sexo, sino también por ser adquirido por mujeres de sectores populares, como explican Wilkis (2013) y Figueiro (2013). Bajo sospecha, comienzan a desdibujarse las complejidades y dificultades de un proceso que tiene muchas dimensiones materiales, corporales, subjetivas y simbólicas.

En segundo lugar, como hemos visto, en los últimos años se ha puesto de relieve la categoría de víctima a raíz de su instauración como figura jurídica en la Ley de Trata y en los decretos que prohíben avisos de oferta sexual y los espacios privados donde se ejerce la prostitución. Desde esta perspectiva, la prostituta del tercer mundo es pensada como una víctima del tráfico sexual, cuya inocencia y pasividad requieren intervención y protección del Estado y de otros agentes sociales cuyo propósito es erradicar las relaciones de explotación

sexual. En esta línea, las investigaciones de Sealing Cheng en Hong Kong, Elizabeth Bernstein en Estados Unidos y Cecilia Varela y Déborah Daich en Argentina, muestran que estas connotaciones hacen a un lado la capacidad de agencia, de organización y de movilización que han demostrado las prostitutas en varias partes del mundo[12] (Cheng, 2013; Bernstein, 2012; Varela y Daich, 2014).

Estas formas de pensar la prostitución suponen una inmovilidad por parte de las agentes que entra en fuerte contradicción con lo que pareciera constituirse como un proceso de aprendizaje de las reglas para ejercer la prostitución que se relata aquí. En efecto, veremos que no hay nada "fácil" acerca de esta "vida" y que la noción de "víctima" es activamente puesta en tensión por estas experiencias. Por el contrario, las acciones que se van desplegando para entrar al mundo de la prostitución encuentran regularidades que podrían constituirse como la construcción de lo que Claudia Fonseca y Joel Best[13] denominan una carrera (Fonseca, 1996; Best, 1982). De hecho, la *dobleta* se convertiría en una de las opciones de supervivencia dentro de un campo reducido que comprende el cuidado de ancianos, enfermos y discapacitados; el empleo doméstico y la prostitución[14]. Sin embargo, en un primer momento podemos notar que estas posibilidades no son tan fácilmente diferenciables. El ingreso al mundo de la prostitución, en estos casos, fue de la mano del trabajo de limpieza en domicilios particulares. Ésta última práctica produjo las condiciones para el aprendizaje de la primera.

[12] Cabe mencionar que existen múltiples experiencias de organización y sindicalización de prostitutas en Latinoamérica, Estados Unidos, Europa y Asia. Entre los muchos países se encuentran: Holanda, Alemania, Brasil, Suiza, España, Chile, Francia, México y Perú.

[13] Es importante señalar que el estudio de Joel Best: Carreers in brothel prostitution: Saint Paul 1865-1883 indaga, como dice el título, en las trayectorias dentro de los burdeles de Minnesota, Estados Unidos. A pesar de que aquí trabajé con prostitución predominantemente callejera, su categoría de carrera resulta muy útil para pensar el ingreso y ejercicio de la prostitución como un proceso donde las agentes activamente toman decisiones y despliegan tácticas para solventar sus necesidades y disfrutes cotidianos.

[14] El caso de CABA no es único. Un estudio sobre prostitución en Ogapora llevado adelante por el Programa Mujer, Salud y Desarrollo del Ministerio de Salud y Acción Social de la Nación del año 1988 muestra que la ocupación anterior de la enorme mayoría de las mujeres prostitutas entrevistadas había sido el servicio doméstico en casas de familia. No obstante, no se puede afirmar que sea la única trayectoria posible (ya que existen otro tipo de actividades), sino la más habitual entre las mujeres que participaron de esta investigación.

Trabajo doméstico y prostitución. Iniciadoras

Luego de años de trabajar en agencias de empleo doméstico, Claudia comienza a trabajar en una cooperativa del mismo rubro en Villa del Parque, junto con Estela, entre tantas otras mujeres que hoy continúan trabajando en el mismo barrio. Mientras Carla trabajaba como empleada doméstica, sufrió su primer arresto. Caminaba por el barrio de Villa del Parque, la policía pensó que era prostituta y por más de que ella negara la acusación, la arrestaron y le pidieron que delatara a las otras mujeres que ejercían en el barrio. En un arranque de bronca, les dijo que se iba a convertir en la prostituta más grande de Villa del Parque y que no la podrían volver a arrestar. "Al otro día, dicho y hecho, me puse a trabajar" (aquí se refiere a trabajar de prostituta).

Tenía conocimiento de que su prima se dedicaba a la prostitución y "se respetaban", y como ella necesitaba ingresos mayores a los obtenidos en su trabajo, su prima decidió presentarle a Juan. Él le preguntó si trabajaba y ella dijo que no, pero la llevó directo a un hotel alojamiento luego de haber hecho lo mismo con la prima. Después de ese encuentro, estuvo mucho tiempo con el mismo hombre con una regularidad de tres veces por semana.

Carla continuó trabajando en la cooperativa. Los *clientes* que buscaban una empleada doméstica, entraban en el pequeño local y solicitaban los servicios de una de las empleadas, siempre mujeres. Ellas trabajaban por orden de llegada: quien había llegado antes, era la primera en trabajar cuando se requerían servicios domésticos, si aceptaba el precio que el *cliente* quería pagar. Mirando hacia atrás, hoy afirma que "como nosotras trabajamos, si conseguimos trabajo de doméstica y de *trabajadora sexual*, es otro precio".

En la dinámica de la agencia, Carla notó cómo los hombres que llegaban en busca de una empleada miraban a Estela, por lo que la invita a capitalizar lo que ella ahora podía identificar como una posibilidad. Le sugirió "irse" con uno de ellos. Ella dijo que no y que no entendía qué hacían las chicas con los hombres que venían. Ella veía que las chicas iban con ellos y volvían un ratito después. Estela se había separado para los años '90 y tenía que mantener a sus 4 hijos. Carla insistía en que irse con un hombre la iba a ayudar. Un día decidió salir. La llamó un hombre desde el auto, un *pendejo*. Se subió y él manejó hasta que se detuvo y le pidió que le hiciera un *pete*, ella no sabía a qué se refería. Le dijo una *francesa*,

pero siguió sin entender. Entonces, el joven estacionó y se empezó a tocar, le manchó la ropa. Ella estaba nerviosa, no entendía nada. Le dijo que quería bajarse. Eso hizo. Estaba muy asustada. Al igual que su amiga, solo había mantenido relaciones sexuales con su marido, por lo que *pete* o *francesa* no remitían a lo que después se convirtieron en partes del glosario del lenguaje de su oficio.

Lo que había ocurrido en la trayectoria de Carla era el surgimiento de una nueva posibilidad: ganar más dinero a cambio de mantener relaciones sexuales con hombres. Este caso es un ejemplo entre muchos otros. La carrera de Marcia, una prostituta brasilera, estudiada por Mendes Losso ilustra que ella "es iniciada a este universo por pertenecer a una trama social cercana a estas prácticas" (Mendes Losso, 2011). Esto comprende dos dimensiones: en primer lugar, la introducción de la prostitución en la constitución de un abanico de opciones de supervivencia que incluía empleo doméstico y cuidado de ancianos, enfermos y discapacitados. No obstante, y en segundo lugar, estas actividades no se practican de forma mutuamente excluyente. Observamos que en las *boates*[15] brasileras, la rutina de las prostitutas involucra no solo realizar "programas"[16] sino tareas de mantenimiento y limpieza de la casa donde se ejerce (Mendes Losso, 2011).

Las trayectorias de las mujeres con las que hemos trabajado muestran un entrelazamiento de las dos actividades bajo otra forma. Su camino es a la inversa, desde el empleo doméstico ingresan a la prostitución y una actividad no implica la otra, como en el caso del trabajo en las *boates*, sino que se realizan como una opción particular de generación de ingresos. Es así que una de las formas de entrada en el mundo de la prostitución es a través de la prestación de servicios domésticos como un método de conocer *clientes* y de asegurar un mayor ingreso por cantidad de horas de trabajo. Si bien la relación entre prostitución y servicios domésticos se mantiene, en varios casos, a lo largo de gran parte de la vida de estas mujeres, lo hace en diferentes maneras. Luego de un tiempo de realizar la *dobleta*, los servicios sexuales resultan más redituables, por lo que el empleo doméstico se abandona como la principal fuente de ingresos. Sin embargo, como veremos más adelante, su valoración

[15] Clubes nocturnos en los que también se ejerce la prostitución.

[16] "La expresión ´programa´ designa la unidad elemental de la actividad de la prostituta, funcionando como medida de su trabajo en las calles y de los lucros que recibe considerando ciertos contratos y acuerdos previos sobre la modalidad de prestaciones de servicios disponibles a sus clientes" (Mendes Losso, 2011: 136)

como trabajo principal no siempre se desdibuja a medida que la prostitución se va convirtiendo en la actividad más atractiva en términos económicos.

La prima de Carla le presenta a Juan. Años más tarde, Carla le presenta a uno de sus *clientes* a Estela. Esta pequeña muestra de una cadena de presentaciones de *clientes* lleva a una segunda dimensión: la presencia de una figura femenina que hace las veces de iniciadora (Mendes Losso, 2011). Carla es iniciada y construye la prostitución como estrategia de supervivencia factible a partir de la presencia de su prima, quien ya era partícipe de ese mundo, es decir que conocía y ponía en prácticas las formas apropiadas de comportamiento siguiendo reglas específicas que hacen a la sociabilidad en ese espacio particular.

La figura de la iniciadora es fundamental en tanto provee tres tipos de conocimientos. En primer lugar, el conocimiento de las prácticas sexuales y las formas de denominación de cada una de ellas. Cuando Estela vuelve de su primer encuentro con un *cliente*, el *pendejo*, le preguntó a Carla qué era una *francesa*. Carla le contestó "chuparle…" continuando la frase con una marcada expresión en su cara que designaba una complicidad pícara en el entendimiento de lo que quería decir. De esta forma, Estela aprende las denominaciones de las prácticas y las formas en que "debe" comportarse con los *clientes* porque Carla se las señala a medida que las ocasiones se presentan. La mayoría de las mujeres con las que trabajé tienen una historia sexual que se reduce a sus matrimonios heterosexuales, a los que han llegado muchas veces conservando su virginidad y en los cuales ciertas prácticas sexuales, o todas, no necesitaban ser explicitadas con un nombre. Es posible que ésta sea una de las razones por las cuales cuando comienzan a ejercer la prostitución como principal fuente de sustento económico, muchas de las pautas y formas de pensar relaciones, posiciones y prácticas sexuales de sus matrimonios y los intercambios sexuales y monetarios con sus maridos continúan aflorando como formas de regulación de las relaciones con los *clientes*, generando clasificaciones y categorías acerca de lo familiar y lo extraño en los intercambios con ellos. No me extenderé en este punto, ya que lo desarrollaré en el siguiente capítulo.

En segundo lugar, la figura de la iniciadora cumple un rol fundamental en lo que hace a la presentación de los *clientes*, buscando que cumplan ciertos requisitos fundamentales para volver los intercambios más cómodos y fluidos en los términos en que ellas desean. Se busca que posean una trayectoria más o menos larga de consumo de prostitución o como ellas lo denominan: "saber estar con una prostituta". El "saber estar" implica disminuir los riesgos de

aquellas prácticas inesperadas o inusuales en el encuentro con el *cliente* y la garantía de que no habrá lugar a factores de riesgo, tales como drogas, alcohol o comportamientos violentos que podrían afectar la integridad de estas mujeres.

Luego de la mala experiencia que sufrió Estela en su primer encuentro pagado, Carla le presentó a un *cliente* que habitualmente recurría a ellas, un "amigo en quien podía confiar". Pasaron unos días y apareció Osvaldo, Carla se lo "marcó" en la calle y Estela se fue con él. Fueron a un hotel. Era la primera vez que Estela ingresaba a un hotel alojamiento. El hombre entró al baño de la habitación y salió desnudo. Ella estaba asustada, muy nerviosa y lloraba. Él se sentó a su lado y le preguntó si era su primera salida, ella dijo que sí y que solo había estado con su esposo. Él le dijo que no se hiciera problema, que no iban a hacer nada, que él no iba a hacer nada que ella no quisiera y le dio $40. Este monto representaba mucho dinero para ella, quien recordando, habla de su amabilidad y comprensión. Según el relato de Estela, mientras estaban en la habitación del hotel, continuaron hablando, él la escuchó y la consoló. Le dijo que cuando estuviera lista, lo buscara. "Después me fui acostumbrando", cuenta. Es importante señalar que este recuerdo evidencia solo una de las formas que puede tomar un primer encuentro y que su protagonista ha idealizado con el pasar del tiempo. Como muestra el caso de las mujeres que ingresan a este mundo a través de la *dobleta*, estos aprendizajes también pueden entrañar dimensiones violentas por la incertidumbre y por los riesgos físicos que pueden conllevar.

Si bien no me detendré hasta el tercer capítulo sobre lo que creo termina constituyéndose como una especie de selección de *clientes* idóneos con los cuales hacer "salidas", resulta importante señalar el rol que cumple Carla en este proceso de presentaciones. No solo implica introducir a Estela entre los consumidores de prostitución, sino entre aquellos con quienes ellas se sienten, según sus propias palabras, "contenidas", ya que lo que ocurre en los encuentros no escapa de lo que ellas conocieron como prácticas sexuales habituales dentro de sus matrimonios. Como afirman Judith y Daniel Walkowitz, no todas las formas de prostitución implican tomar una distancia importante de las costumbres que tradicionalmente mantuvieron estas mujeres hasta ese momento. Muchas veces esta elección no constituye una desviación, sino que presenta un fuerte componente de racionalidad de selección dentro de un set de alternativas no siempre agradables (Walkowitz y Walkowitz, 1973).

En tercer lugar, de la mano de la presentación de los *clientes* se desarrolla también el conocimiento del territorio donde realizar el ejercicio de la actividad. En este primer momento, observamos que el espacio de la cooperativa de empleo doméstico se constituye como forma autorizada por algunas de las mujeres para la entrada al mundo de la prostitución. Más adelante veremos que algo similar ocurre con los barrios, cuadras, esquinas, bancos de plaza donde se instalan las mujeres para ser vistas por los potenciales *clientes*.

Poder: matrimonio, prostitución e independencia

Luego de entrar al mundo de la prostitución, Carla se divorció. Al casarse en su juventud, asociaba el matrimonio a una relación de largo plazo o, como muchas veces se escucha en los relatos de estas mujeres, "para toda la vida". Se trataba de un matrimonio en el que el marido era principal proveedor de ingresos del hogar, empleado en trabajos precarios con ingresos modestos que requerían estrategias de complementación luego de unos años en que la escasez se hizo imperante. Primero el trabajo doméstico y luego la prostitución se fueron constituyendo en la trayectoria laboral de Carla. En el mismo proceso por el cual ella adquiría mayores ingresos, los que él proveía decrecían. Esta relación inversa se fue acentuando hasta que él dejó de trabajar porque la cantidad de dinero que Carla llevaba al hogar resultaba superior a los ingresos que habían obtenido hasta el momento, tanto con el trabajo del marido solo como con la complementariedad de éste con el empleo doméstico que ejercía ella.

Nunca explicitó en su casa el origen de sus ingresos, aunque asegura que el marido seguramente no podía desconocerlo porque "llevaba como 500 o 700 pesos todos los días y él no llevaba nada". "Una doméstica, con suerte, hace $20 la hora, mientras que yo llevaba mucho más a mi casa como prostituta". Según su relato, él debía saber que ese monto no lo ganaba una "sirvienta", que había sido su actividad anterior. El lenguaje de su oficio actual le permite hoy decir que tardó muchos años en darse cuenta de que el marido era un "*cafishio*", sustantivo que se utiliza para denominar la figura del proxeneta, es decir, la persona que

obtiene un porcentaje de los ingresos ajenos de quien ofrece servicios sexuales a cambio de dinero. Así como utilizan las experiencias matrimoniales para regular las actividades laborales, hay, a su vez, una relectura de su relación matrimonial en los términos que hacen al universo de la prostitución. Lo consideraba un *cafishio* porque era "vago" y la que trabajaba era ella. Según su narrativa, su marido al principio no era así sino que cambió con el tiempo, dejó de trabajar mientras ella aumentaba sus contribuciones a la economía del hogar. En los relatos hay una evidente tristeza, el camino hacia la prostitución no había sido lo que había proyectado en su vida junto a su marido, a quien amaba mucho y de quien estaba convencida era el único hombre en su vida. No entendía exactamente qué había pasado ni cómo había llegado a donde se encuentra actualmente.

Los estudios históricos de Judith y Daniel Walkowitz sobre la prostitución inglesa en la época victoriana revelan que no es extraña la noción de la prostitución como una etapa de la vida que eventualmente pasará (Walkowitz y Walkowitz, 1973). De hecho, muchas prostitutas inglesas consideraban que era una actividad de medio tiempo o por temporadas, o bien como una parte de sus vidas temporalmente delimitada (Walkowitz y Walkowitz, 1973). En el horizonte temporal de largo plazo de muchas de estas mujeres, rara vez encontramos a la prostitución como una carrera a realizar hasta el momento de jubilarse o retirarse del mundo laboral, tampoco forma parte de un imaginario acerca de las profesiones u oficios deseados en su niñez, adolescencia y juventud. Ninguna de ellas imaginó el ejercicio de la prostitución como una actividad en la que encontraran algún grado de realización personal y laboral. Sin embargo, construyendo una genealogía de su ingreso en este mundo, vemos que se comienza a dibujar una "carrera" en prostitución, historizando de esta forma un proceso de aprendizaje y construcción del oficio.

Es inimaginable en sus horizontes temporales por la valoración negativa y el estigma social que porta (Morcillo, 2012 a y b; Justo Von Lurzer, 2006). Aunque el ingreso del empleo doméstico sea menor que el que proviene del ejercicio de la prostitución, por lo que éste último se vuelve deseable en términos económicos, las categorías utilizadas portan significados específicos que refieren a una dimensión económica más amplia. "Me quedé sin trabajo", comenta Sonia en una de nuestras conversaciones colectivas. Cuando ella habla en esos términos, se refiere al empleo doméstico. Cuando se refiere a la prostitución, dice el "extra" o "el otro trabajo que hacemos nosotras", como evitando nombrar la actividad como lo hacen algunas de sus compañeras. La distinción entre su actividad como prostituta y su

actividad como empleada doméstica no es solo de nomenclaturas, sino en el significado. “Al haber perdido el trabajo, pierde lo fijo”, me explica una de sus compañeras. Esta estabilidad implícita en el término “fijo” dentro de su imaginario implica la posibilidad más o menos garantizada de pagar los servicios y los impuestos de sus hogares. Las evaluaciones monetarias de las dos actividades no solo se hacen en términos de rédito económico, sino también en términos de estabilidad de ingresos. Es por esto que, si bien el ejercicio de la prostitución se presenta como una alternativa más atractiva por el nivel de ingresos que reporta, el empleo doméstico puede medirse en términos de estabilidad de ingresos.

Estas trayectorias de entrecruzamientos entre el comienzo del ejercicio de la prostitución y la realización de otro tipo de actividades laborales no resultan únicas, aunque presentan especificidades que se diferencian de otras experiencias. Las mujeres que ejercen la prostitución en espacios privados de forma autónoma o en prostíbulos de Brasil, descriptas por Silvia Beatriz Mendonça, si bien muestran el solapamiento entre actividades de oficina y el comienzo de la utilización de ciertas partes de sus cuerpos, las motivaciones están ligadas al lucro económico rápido como también a un goce simbólico relacionado con las dimensiones de placer sexual y emocional (Mendonça, 2012). Como cuenta la investigadora, Morena, una joven que trabajaba en una clínica y utilizaba salas de chat en sus momentos de ocio, conoce a un hombre fascinado por los pies de las mujeres. Luego de aceptar un almuerzo con él, bajo la condición de utilizar un calzado que permitiera mostrar sus pies, comienza a capitalizar estas experiencias como una fuente de ingresos y de diversión personal (Mendoça, 2012).

Este ejemplo pone en relieve no solo la dimensión material en términos de ingresos que la prostitución presenta a las mujeres, sino también un aspecto simbólico, que ha sido trabajado por Russo (2007). Por su lado, las trayectorias que intentamos describir no encuentran una satisfacción de tipo simbólica desde un primer momento. La prostitución no se constituye de forma tan rápida en una fuente de dinero y de goce simbólico, entendido como el disfrute de la sensación de independencia experimentada. Sin embargo, resulta útil recuperar la noción de la utilización del sexo como recurso profesional o, como plantea en su texto, para pagar las cuentas (Mendonça, 2012). En una primera instancia, lo que encuentran Carla y Romina en la *dobleta* no es una oportunidad de goce simbólico asociado a la autonomía y la posibilidad de construir una carrera en prostitución (Fonseca 1996), sino una oportunidad de tipo económica de rédito mayor a los servicios prestados a través del trabajo

doméstico. El testimonio de Sonia, otra de las afiliadas, es claro: “Uno no empezó en esto por placer sino por necesidad de llevar comida a la casa, por eso no se espera esto para los hijos”.

El testimonio de Sonia introduce una dimensión adicional, tal vez la más importante y reveladora de ciertas tensiones y contradicciones en el ejercicio de la prostitución aún en un contexto de militancia donde la construcción del orgullo en torno al oficio juega un rol muy importante. Si bien se trata de mujeres militantes que deciden tomar la denominación de *trabajo sexual* autónomo para su actividad en un nivel político-discursivo, lo que les permite apartar las cargas morales negativas asociadas al oficio, ellas movilizan su propio proceso de moralización en un nivel más cotidiano del discurso, el que hace a las relaciones sociales entre ellas mismas. Es así que nombrar la prostitución como “lo otro” o “lo extra”, pareciera intentar evadir el uso del sujeto en sí mismo (prostitución, *trabajo sexual*) por un adjetivo calificativo que niega en cierta forma a su sustantivo. En esta doble dimensión discursiva se juegan las tensiones entre una dimensión negativa de la actividad asociada a su inclusión de largo plazo en sus proyectos de vida, y una dimensión positiva relacionada con las posibilidades de ser generadoras de ingresos para las economías de sus hogares.

Esta tensión se juega en dos consideraciones morales que, si bien pueden ser contradictorias, conviven entre sí. Por un lado, ellas moralizan la actividad de forma negativa mostrando que la prestación de servicios sexuales a cambio de dinero no entraba dentro de sus proyecciones de vida. Por otro lado, la posibilidad de constituirse como sustentadoras de sus hogares les permite adquirir un orgullo específico como proveedoras. Notamos que esta tensión se resuelve en las perspectivas imaginadas para sus hijos: cuando Sonia se enteró de que su hija también era prostituta, junto a Carla intentaron explicarme que “ella empezó sola, yo nunca la llevaría. No es que desprestigie el trabajo, pero uno espera ver a su hijo en un laburo más elevado”.

El estudio de Gláucia Russo sobre el dinero y los aspectos simbólicos de la prostitución asocia la noción de autonomía personal a la capacidad de supervivencia y de consumo que comienzan a movilizar las prostitutas. Éstas confluyen en la idea de libertad. Pero las nociones de autonomía y libertad aquí no están discutidas teóricamente, sino que son tomadas como indicadores definiciones de las capacidades de hacer y de tener que les permite el dinero obtenido a cambio de la prestación de servicios sexuales (Russo, 2007).

Estamos en condiciones de dejar planteadas algunas preguntas que tienen un horizonte por fuera de esta tesis, pero que intentaremos abordar en la investigación doctoral: ¿la autonomía y la libertad son conceptos de carácter esencial o relacional? ¿Es una cuestión de tenerlas o de observar cómo son construidas por los sujetos? ¿El goce solo está asociado a la obtención de dinero y de una carrera o existe un disfrute de tipo sexual, erótico? ¿Cómo se relacionan las nociones teóricas de autonomía y de goce con las nociones nativas?

Explotación y orgullo

La garantía de escoger, de tener opciones, de poder comprar y sostener un nivel de vida asociado a eso, no solo pone en juego la posibilidad de consumo, sino también una dimensión de poder (Russo, 2007).

Del mismo modo que Carla, Érica dejó todo, su casa, su auto, "con tal de tener mi libertad", afirma. Siempre trabajó en otras actividades, pero también siempre quiso tener "su plata". Cuando estaba casada, trabajaba en un hogar de discapacitados y, paralelamente, prestaba servicios sexuales a *clientes* particulares. Cuando su marido le pegaba, ella se defendía. Un día, mientras ella planchaba, recibió un cachetazo de su pareja, a lo que respondió poniéndole la plancha caliente en el pecho. "Todavía tiene la cicatriz", nos comenta entre risas. Si él le pegaba, ella devolvía los golpes, hasta que el hartazgo ganó y se fue de la casa porque "quería mi libertad". Las historias de violencia física y moral en los hogares conyugales continúan en la ronda que formaba la reunión que mantenían las afiliadas en la CTA de Av. Independencia. La mayoría había sufrido o sufría algún tipo de violencia con su pareja y, en general, todas se habían separado y habían decidido llevarse a los hijos de la casa que compartían con sus maridos.

Ya separada, Érica, continuó ejerciendo la prostitución y siempre pudo enviar a su hija de vacaciones con su abuela que vive en Tucumán. En un mismo tono, Carmen, una señora de unos 60 años, que siempre recorrió las calles de Flores ofreciendo servicios sexuales, comenta:

> "No fuimos víctimas de la prostitución, la prostitución fue una elección, le di a mi hijo lo que siempre necesitó: casa, educación, comida. Hoy en día, sostengo a toda mi familia con la esquina (…). No me enriquecí con la prostitución, viví de la prostitución. Mi hijo trabaja muy bien gracias a las calles."

Estos relatos entrecruzan las formas que ingresan al mundo de la prostitución con concepciones subjetivas acerca de la maternidad. De algún modo, este entrelazamiento intenta buscar la legitimidad del ejercicio de la prostitución en el sostenimiento económico de los hijos, quienes muestran cierto ascenso socioeconómico respecto de las posiciones detentadas por sus madres: "Por ellos trabajamos, para darles de comer y educación". Entonces, este discurso funciona en dos niveles. En principio, es un dispositivo que provee las justificaciones para la realización de la actividad, pero los efectos materiales, que resultan en lo que ellas conciben un mejoramiento de la posición social de la que han partido, son indiscutibles para ellas.

"Si sabés laburar y economizar te podés hacer la casa, comer, vivir", me aseguran Estela y Florencia que trabajan en una de las esquinas de la plaza principal de Villa del Parque. Son madre e hija y comparten el espacio de ejercicio. Florencia me cuenta que "acá aprendés a valorizar la crianza de tus hijos". Cuando ve mujeres golpeando o maltratando a sus hijos o cuando los *clientes* les cuentan historias del mismo estilo, siente "ganas de llorar, asco y vómito, pero me banco todo por mis hijos". La efectividad de estos relatos se muestra en la producción de una especie de inversión de la concepción moral de la actividad que ellas mismas reproducen en cierto modo. No parecieran desentenderse de los estigmas que, según ellas, las oprimen a nivel social. Sin embargo, el colocar a la maternidad como uno de los motivos principales para "pararse en una esquina" pareciera tener un efecto de "limpieza" sobre la actividad. El hecho de "hacerlo por los hijos" es una forma de construir un argumento que las coloca en condiciones de actuar de forma legítima (Figueiro, 2014), de hacer de la prostitución una práctica aceptable.

Las trayectorias de iniciación en el mundo de la prostitución muestran un recorrido del aprendizaje. Efectivamente, sus testimonios revelan la existencia de una serie de reglas, prácticas y nombres precisos que van aprendiendo a medida de se van ocupando espacios en

las plazas, calles, cooperativas, etc. Podemos afirmar que existe un proceso de construcción de carrera (Best, 1982; Fonseca, 1996) en tanto una estrategia de supervivencia se convierte en un proceso de tomas de decisiones de convertir ciertas prácticas y servicios en intercambiables por dinero. Es, también, concomitante a este proceso la construcción de valor en torno a la actividad, lo que les permite volver justificable para sus propias subjetividades su ejercicio. La construcción de valor y de "orgullo de ser prostituta" encuentra dos fuentes: por un lado, la separación con respecto a matrimonios que resultaban económicamente explotadores y físicamente violentos para ellas, gracias a un aumento muy considerable de ingresos por el comienzo de la prestación de servicios sexuales; y por el otro, la capacidad de ser jefas de hogar y de sostener a sus hijos, logrando cierta movilidad social ascendente en ellos. Los discursos en torno a la maternidad proveen esa justificación construyendo una racionalidad en la que la opción por la prostitución, dentro de un abanico reducido de opciones para mujeres de sectores populares, se vuelve aceptable.

Como explica Sealing Cheng, el proceso por el cual algunas mujeres dejan a sus abusivos maridos a partir del ejercicio de la prostitución, implica para ellas "alcanzar autonomía tanto financiera como corporal para cuidarse a sí misma(s)"[17] y a sus hijos (Cheng, 2013: 248).

Trastocando valoraciones

Los relatos aquí recabados muestran el ingreso al mundo de la prostitución como un juego de tensiones entre los condicionamientos socioeconómicos propios de mujeres de sectores populares con los procesos de toma de decisiones y las tensiones en las valoraciones sociales y morales que eso implica. Agrietando las concepciones de "vida fácil", "dinero fácil" y "víctima", vemos que existe una forma muy específica de tomar acciones para sortear las dificultades propias de las condiciones sociales y construir una vida particular a partir de la construcción de partes del cuerpo como fuente de ingresos y de goce simbólico asociado a la noción de orgullo.

[17] Texto original en inglés. Traducción propia.

Si bien la prostitución no forma parte del imaginario de un futuro ideal de este grupo de mujeres, en el que sí encontramos nociones asociadas al "matrimonio para toda la vida" y la dedicación a la crianza de hijos, comienza a construirse como una opción dentro de un abanico reducido de actividades laborales posibles que no son mutuamente excluyentes.

Como hemos visto, cuando una mujer comienza a hacer *salidas* con un hombre a cambio de dinero, nunca lo hace en soledad. Por el contrario, se trata de un proceso que ocurre dentro de un entramado social cercano al mundo de la prostitución. De este modo, la figura de una iniciadora resulta fundamental para la transmisión de las reglas que rigen el campo, que comprende las formas de comportamiento, las formas de nombrar las prácticas sexuales, los *clientes* adecuados con los cuales salir y un conocimiento del territorio donde operar.

En el intercambio entre imaginarios y prácticas cotidianas es que encontramos tensiones en las valoraciones de lo que hacen. En este sentido, dos formas particulares que parecen contradictorias conviven permanentemente. Por un lado, una valoración negativa asociada al estigma que porta la actividad que opera socialmente, lo que significa que ellas mismas no pueden ser ajenas a su reproducción y, por ende, despliegan tácticas de legitimación a través de la maternidad para volver aceptable para sí mismas y hacia afuera su oficio. Por otro lado, una valoración positiva asociada a la idea de orgullo de ser sustentadora y proveedora del hogar y la libertad y el poder que para ellas implica poder escapar de matrimonios económica, moral y físicamente violentos. En este proceso, la noción de explotación es localizada en los ámbitos maritales y las de liberación, autonomía y poder, en el ámbito de la prostitución.

Este proceso describe una racionalidad que tiene la particularidad de gestionar de las relaciones laborales y afectivas de manera tal que la localización de la violencia se asocia más al ámbito privado de pareja que al mundo y a las prácticas de la prostitución callejera y autónoma. En el capítulo siguiente intentaré demostrar que esta racionalidad se extiende a prácticas específicas de este grupo, tales como la diferenciación de actos sexuales y partes del cuerpo involucradas en los espacios privado y laboral. Con este fin, cabe preguntarse si las nociones de libertad y poder se sostienen y qué formas y significados específicos adquieren en el ejercicio cotidiano de la actividad, una vez que ya forman parte plena de la creencia e interés en el juego acorde a las reglas del campo, y en qué aspectos se cristalizan estas y otras nociones.

Capítulo III

"Si vendiera mi cuerpo no estaría acá"

Disputas políticas y teóricas

Luego de un año y tres meses de trabajo de campo, las dirigentes de AMMAR Capital - CTA me invitaron a participar como oyente de la Mesa de Diálogo sobre Políticas Públicas y Prostitución organizada por la Defensoría General de la Ciudad de Buenos Aires en diciembre de 2012. El primer día del encuentro consistía en dos paneles, el primer compuesto por las diputadas de la Ciudad de Buenos Aires María Elena Naddeo del Frente para la Victoria y Laura García Tuñón de Unidad Popular (compuesta por activistas de la CTA); Carola Saricas, coordinadora de la Brigada Niñ@s contra la Explotación Sexual Comercial de Niños, Niñas y Adolescentes del Programa de "Las víctimas contra las violencias" (Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de Nación, durante el gobierno kirchnerista); y María José Lubertino, ex directora del Instituto Nacional contra la Dicriminación, la Xenofobia y el Racismo. El segundo panel contenía a representantes de movimientos de transexuales y travestis, *mujeres en situación de prostitución* y *trabajadoras sexuales*. El objetivo político de las últimas es la legalización y regularización de la prostitución; mientras que las penúltimas la piensan como una forma de explotación sexual, por lo que buscan su abolición; y el colectivo trans se encuentra dividido entre las dos perspectivas.

Las preocupaciones de la mesa se construían alrededor de crear conciencia respecto de tres cuestiones. En primer lugar, la gravedad intrínseca al hecho de que existan mujeres en situación de prostitución; en segundo lugar, la preocupación por las redes de trata de mujeres que parecieran estar expandiéndose en vez de retrotraerse; y en tercer lugar, los problemas encontrados a la hora de realizar denuncias cuando se encuentran víctimas de explotación sexual.

En el primer panel, la diputada Naddeo hablaba de las mujeres que se prostituyen como víctimas de trata y de explotación sexual, justificando la necesidad de un programa de "reinserción en la sociedad", idea que funda un proyecto de ley en que el que ha estado trabajando. Una de las dirigentes de AMMAR interrumpe para preguntarle a la diputada acerca del reconocimiento de la existencia de lo que ella considera *trabajo sexual* autónomo dentro de su proyecto y su exposición. Sin desconocer las temáticas desarrolladas por la diputada, busca encontrar en el discurso el lugar de aquellas que, como vimos en el capítulo anterior, conciben la prostitución como una estrategia económica construida como opción dentro de un abanico reducido. La diputada contesta que aspira a una sociedad donde las relaciones sexuales no estés mediadas por el dinero:

> "Cuando se incorpora al dinero estamos vendiendo más que nuestra fuerza de trabajo, estamos vendiendo parte de nuestro cuerpo. Estaríamos consagrando una subordinación, humillación de las mujeres. Es una postura ideológica feminista de fondo. Las relaciones sexuales donde hay dinero son una demanda perversa. En otros casos será natural, pero hay perversiones."

La reacción ante esta opinión no tardó en llegar. En la mesa siguiente exponían representantes de organizaciones de *trabajadoras sexuales*, de mujeres en situación de prostitución y de transexuales y travestis. La secretaria general de AMMAR Capital CTA, Claudia Brizuela, fue la primera en exponer y dar respuesta:

> "Hay que separar la trata de personas del *trabajo sexual* y no confundirlos. No le estamos pidiendo nada al Estado más que nuestros derechos. Entiendo que haya quienes hablan de 'situación de prostitución', pero también se debe reconocer el *trabajo sexual*. La diputada Naddeo dice que vendo mi cuerpo, pero no estaría acá si fuese así. Yo presto un servicio, sino perdería mi herramienta de trabajo."

Estas disputas en la arena pública hacen que las narrativas de las afiliadas a AMMAR Capital-CTA organicen los argumentos de sus narraciones en contestación a la opinión de Naddeo, que encarna la postura oficial del Estado argentino. Desde 1936, la Argentina se

declara abolicionista a partir de la sanción de la Ley de Profilaxis, posición que se ha profundizado y radicalizado en los años 2000 a partir del Protocolo de Palermo que complementa la Convención de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional para prevenir, reprimir y sancionar la trata de personas. Resulta imposible problematizar, como me propongo acá, la noción de la "venta del cuerpo", si no contextualizáramos las narraciones, tomándolas no como afirmaciones en el vacío sino como diálogos que contestan, que disputan. En esas situaciones de tensión y de disputa es que afloran con cierta claridad las categorías nativas que permiten pensar lo analizado en el capítulo anterior como un proceso de aprendizaje sobre las reglas y comportamientos propios del mundo de la prostitución, y las formas complejas en que ellas piensan cotidianamente sus prácticas asociadas a este universo.

Ahora bien, en este escenario que pintamos, cuyo eje de discusión es qué se pone en juego en el intercambio explícito de sexo por dinero, participan las discusiones abolicionistas que sirven de insumo e inspiración para las posturas políticas oficiales del Estado frente al fenómeno. Pero estas posiciones y opiniones se construyen y encuentran sustento en la teoría social clásica que se ha ocupado de construir la prostitución como una problemática. Si bien se trata de una disputa política entre actoras sociales, este tipo de tensiones pueden encontrarse claramente en las corrientes teóricas abolicionistas que inspiran las opiniones de varias voces del Estado (entre las cuales la de la diputada es solo una de sus representantes), y que a su vez se arraigan en ciertas corrientes y representantes de la teoría sociológica clásica, especialmente la de Georg Simmel. Haremos especial hincapié en el uso del fenómeno de la prostitución para explicar el accionar y el rol del dinero en el capitalismo en la modernidad. Para poner en tensión estas nociones, creemos necesario utilizar las narraciones de aquellas que se autodenominan *trabajadoras sexuales* para entender lo que consideramos el ojo de la tormenta, el eje articulador de las tensiones: el dinero.

¿Qué es lo que hizo que Simmel encontrara en la "naturaleza del dinero algo de la esencia de la prostitución" (Simmel, 1977: 466)? La prostitución en relación al dinero es el bastión de defensa de la idea del dinero como corruptor de las relaciones humanas y principal desintegrador de la intimidad de los sujetos. Es así que desde la teoría, se ha impreso un tinte moral a la prostitución, lo que la vuelve ilegítima como práctica económica. No obstante, tomando una perspectiva etnográfica, estas aseveraciones teóricas acerca de la prostitución como institución comienzan a perder sustento frente a ciertas experiencias concretas de

quienes la ejercen diariamente. La idea de la "venta del cuerpo" se vuelve un mito para ellas, una frase abstracta sin anclaje empírico frente a la cual se interponen fuertes estrategias de demarcación corporal, emotiva y de los usos del dinero obtenido con los *clientes*. Ante la noción de venta del cuerpo, podemos anteponer las experiencias de fragmentación, separación y delimitación que ensayan estas mujeres y recuperar las relaciones sociales particulares y distintivas que se dan en este mundo; y así, contribuir a descubrir las dimensiones morales y afectivas del fenómeno.

La "venta del cuerpo"

Las *trabajadoras sexuales* de AMMAR se reunían todos los miércoles en la CTA. Quienes se denominan *trabajadoras sexuales* repelen y combaten activamente el mito de la "venta del cuerpo" y militan por la regularización de lo que consideran su trabajo. Se vuelve un mito en tanto que ellas sienten que no se corresponde con lo que hacen y con lo que piensan que hacen. Aquí presenciamos preguntas en torno a las nociones de cuerpo, sexualidad e intimidad. ¿El involucramiento de los genitales implica comprometer la intimidad? ¿Qué partes sienten las protagonistas que comprometen en sus relaciones sexuales? ¿Qué concepción tienen del cuerpo? ¿Cómo construyen la idea de que las partes del cuerpo pueden poseen fines comerciales?

De lo relatado en el capítulo anterior, recordamos a Érica y la identificación que hacía de su divorcio con la libertad de hacer y de tener, la posibilidad de enviar a su hija de vacaciones y de sostener su hogar con el ingreso proveniente del mundo de la prostitución. Cuando se fue de la casa sin nada, el marido le quería pagar para acostarse con ella, o sea que quería ser *cliente*. Ella le dijo que no, que preferiría estar con "un boliviano"[18]. El dinero guarda una relación con la autonomía. Muchas *trabajadoras sexuales*, como mostramos

[18] Expresión de carácter xenófobo y racista, pues fue cargada de connotaciones negativas asociadas al rechazo a mantener relaciones sexuales con una persona de esa nacionalidad.

anteriormente, justifican su comienzo en el ejercicio del *trabajo sexual* articulando estas dos dimensiones: dinero y autonomía.

Georg Simmel diría de este relato que Érica se convirtió en mero medio, que ha involucrado su aspecto más íntimo como es la entrega sexual en una instancia objetivadora. "Aquí experimentamos la desproporción más completa y más penosa entre la prestación y la contraprestación" (Simmel, 1977: 467), la degradación de la intimidad y lo más personal de la mujer a aquello más impersonal y objetivo, que es definido por el autor como aquello que "excluye toda relación íntima y que le da su carácter de puro medio" (Simmel, 1977: 466).

Esto conlleva una serie de presupuestos acerca de las relaciones humanas en la prostitución. En primer lugar supone que las prostitutas solo tienen relaciones sexuales heterosexuales y que el entregarse sexualmente se degrada frente al varón. Es cierto que en su mayoría, los *clientes* de estas mujeres suelen ser varones, pero no podemos excluir a las "*señoras*", como las llama una *trabajadora sexual* que *atiende* mujeres (en general, amas de casa de mediana edad).

En segundo lugar, supone que, a diferencia del varón, la mujer se entregaría en forma completa en un acto sexual. Como el involucramiento del ser de la mujer sería absoluto, su contraprestación cuantitativa en dinero resulta una contradicción que explicaría la degradación del valor de la mujer. Lo que implica, a su vez, que la intimidad de la mujer es exclusivamente sexual y, más específicamente, genital.

En tercer lugar, Simmel presupone que el dinero vendría a actuar como una especie de objetivador de las relaciones entre los hombres, siguiendo las reflexiones de Marx. Sin embargo, agrega un componente moral. El dinero no sería un elemento mediador adecuado en los intercambios sexuales, pues los corrompe moralmente. Podemos decir que el autor pertenece a lo que Viviana Zelizer denomina el enfoque utilitarista del dinero. El dinero no tiene ningún tipo de arraigo subjetivo y su uso racionaliza relaciones donde la racionalidad no debería actuar como articulador, pues la esfera de lo íntimo se construye como hostil a la esfera de lo económico y, de cruzarse, la segunda contaminaría a la primera (Zelizer, 2009).

Las aseveraciones de Simmel son ampliamente compartidas por las feministas abolicionistas. La tradición abolicionista ha ejercido influencia sobre gran parte de las políticas contra la prostitución que se formularon en la Argentina. Tomando la hipótesis de

una sociedad patriarcal, este sector del feminismo postula que el cuerpo femenino es apoderado por el hombre (Héritier, 1996; Jeffreys, 2011) a través de su compra, situación de la que muchas veces la mujer es cómplice, como en el caso de las *trabajadoras sexuales* que en lugar de demandar que las rescaten de tales relaciones, exigen que se legalicen y regulen. Para Sheila Jeffreys existe una industria global del cuerpo femenino, en la que la vagina de la mujer se ha vuelto comercializable. Los hombres comprarían mujeres (Jeffreys, 2011), por lo que éstas son prostituidas, haciendo hincapié en el accionar de un sistema que actúa por ellas, más allá de sus voluntades y consentimiento construidos concretamente en las prácticas.

Sin embargo, tal categoría desdibuja ciertas formas distintivas de prostitución e ignorar lo que experiencias de organización colectiva como AMMAR tienen para decir acerca de su propia actividad y todas las prácticas que la constituyen. Buscar diferencias es el trabajo de la etnografía y sin esas diferencias nunca habríamos reconocido la otredad que en nuestra investigación es el *trabajo sexual*. El epistemocentrismo de esta teoría intenta reemplazar al proceso de encuentro etnográfico y extrañamiento a través del cual es posible reconocer las características y categorías nativas. Buscar y observar la diferencia permite encontrar formas de la sexualidad en cierta medida soberanas.

Posiblemente, encontraremos en el dinero la clave para dar explicación a estas prácticas. Tal es así que cabe preguntarse ¿es la intimidad la que se ve involucrada en las relaciones entre una *trabajadora sexual* y su *cliente*? ¿Es el dinero una instancia que vuelve objetos a los sujetos y los corrompe? El relato de Érica muestra que el dinero no produce una relación de incondicionalidad. Ella, al igual que muchas otras *trabajadoras sexuales*, no aceptó el pago a cambio de sexo que le ofreció su ex marido, pues existen límites a lo que puede intercambiarse y con quién hacerlo, abonando la idea de que el dinero es profundamente subjetivo.

Efectivamente, para Érica no es lo mismo aceptar el dinero de su ex marido que el de sus *clientes* habituales. Esto significa que el dinero no es objetivo y no actúa como corruptor de las relaciones entre ella y sus *clientes*, sino que habilita ciertas relaciones específicas. No existen señales de que haya un acceso absoluto del hombre al cuerpo de la mujer. La *trabajadora sexual* no involucra todo el cuerpo ni vende su cuerpo, sino que construye una serie de condiciones y límites acerca del contenido del intercambio y de la forma de pago adecuada con cada *cliente*. Además, a veces lo somete a un proceso de selección, lo "elige".

Gayle Rubin ya había dejado en evidencia que el intercambio de sexo por dinero es considerado como una sexualidad "mala" dentro de la valoración jerárquica de los actos sexuales en las sociedades occidentales modernas (Rubin, 1989). Como acto promiscuo y comercial, resulta susceptible a la condena moral. Esto invisibiliza una complejidad de prácticas y representaciones sociales que son tildadas de repulsivas y que me propongo exponer aquí.

La *herramienta de trabajo*, los *servicios sexuales* y los *clientes*

En una de las usuales reuniones de afiliadas en la sala de conferencias de la CTA, la secretaria general había decidido que la presencia del abogado era fundamental para comenzar a "empoderar" a las nuevas afiliadas que provienen de cooperativas, es decir departamentos alquilados y administrados por las mismas *trabajadoras sexuales*. El problema del día era concientizar a las afiliadas sobre la necesidad de mantener en orden las cooperativas, lo que implicaba tres cuestiones: que todas figuren como locatarias en el contrato de alquiler del departamento, que no circulen drogas ni alcohol y tener al día una libreta sanitaria. El último tema levantaba algo de enojo en Claudia, la secretaria general. Había pedido turno para la ginecóloga del Hospital Álvarez que tiene convenio con AMMAR y del cual valoran el hecho de que no hacen preguntas acerca del oficio que practican. Pidió diez turnos para hacer PAP y colposcopias y después pide otros diez para hacer los análisis de sangre. Resulta que solo fueron cinco compañeras. Luego de contar la situación, Claudia dijo que hay que ser responsable y que hay que cuidar la *herramienta de trabajo*. Si se pierden dos o tres *salidas*[19] por ir al médico, se está ganando en salud.

El compromiso con el cuidado de la *herramienta de trabajo* es una discusión recurrente en los talleres de los miércoles. Muchas de las *trabajadoras sexuales*, callejeras y de cooperativas, suelen concurrir al médico en plazos de seis meses en promedio. En algunos

[19] Hacer una *salida* con un *cliente* refiere al encuentro donde sucede el intercambio de *servicios sexuales* por dinero.

casos la frecuencia es incluyo mayor y en otros, un poco menor. Por lo general, cuidar la *herramienta de trabajo* implica concurrir a realizarse análisis ginecológicos, mantener higienizados los genitales y prestar atención a la cantidad de *clientes* que se *atienden* en un turno. Las mujeres que ejercen en la calle pueden pasar toda una semana realizando solo uno o dos servicios, pero cuando la demanda es grande algunas no se permiten más de tres por día. En cambio, en la prostitución "puertas adentro", generalmente, hay una mayor circulación de clientes y pueden llegar a atenderse unos diez por turno e incluso entre treinta y setenta los fines de semana más atareados. Cabe señalar que las grandes diferencias en las cantidades de varones *atendidos* se corresponden con las edades de las mujeres. Las más jóvenes suelen atender a una cantidad significativamente mayor que las veteranas.

Las *trabajadoras sexuales* conciben a su cuerpo como *herramienta de trabajo*. Esto tiene un efecto particular: poner en tela de juicio las posturas de la venta del cuerpo, ya que producen una objetivación de partes del cuerpo de con el fin de instrumentalizarla. Esta separación implica establecer una diferencia fundamental entre ser eso, involucrar todo el ser en el intercambio, y externalizar partes del cuerpo para utilizarlos como fuente de ingresos. Además de la fragmentación de identidades que Claudia Fonseca descubrió experimentan las prostitutas batallando entre ser madres y su oficio (Fonseca, 1996), se puede observar el fraccionamiento simbólico del cuerpo y la movilización de ciertas partes con miras de prestar servicios por dinero. Lo que ofrecen esos fragmentos corporales es un *servicio sexual*, que está constituido por una variedad importante de prácticas sexuales y no sexuales. El cuerpo y, específicamente, los genitales son las *herramientas* por medio de las cuales ofrecen *servicios sexuales*. El *servicio sexual* no solo incluye la *francesa* (sexo oral), que en ese entonces se cobraba entre $50 y $100, el *completo* (sexo oral y penetración vaginal) de $100-$200, *masturbación* (que se cobra como el sexo oral) y *anal* ($150-300), sino además la *adoración de pies* y el *lesbianismo* (que rondaban los $300), el *mirar* alguna parte de sus cuerpos por $50 (voyeurismo), las *salidas a desayunar, almorzar y cenar*, el *fin de semana de compañía*, la *dobleta* (servicios domésticos y sexuales), los *masajes*, las *conversaciones*, entre muchos otros que probablemente no conozcamos y cuyos precios variaban de forma significativa entre los $50 y $300. Las *trabajadoras sexuales* afirman que lo que se busca es, verdaderamente, la compañía y la posibilidad de ser escuchado. Entendemos que cada una de estas prácticas implica una relación diferente con el cuerpo y sus partes, en cuanto a familiaridad y rechazo a

practicarlas y en cuanto a los precios diferenciarles que conlleva cada uno. Dejaremos aquí planteados estos interrogantes para continuar con esta investigación en el futuro.

El cuidado bastante minucioso de la *herramienta de trabajo*, incluye evitar ciertos riesgos. En varias ocasiones, cuando este grupo de mujeres es interrogado acerca de los peligros de su *trabajo*, la respuesta suele ser "sí, como el de todo el mundo". Una mujer de Mendoza que comenzaba a militar recientemente en el sindicato dice "Es peligroso si te comés una grande porque te podés desgarrar", haciendo alusión al tamaño del miembro del *cliente*. El tono de burla es claro y transparenta la bronca, la molestia y el rechazo hacia la estigmatización que ellas creen viene de la mano de la pregunta: ¿no es peligroso tu *trabajo*? No obstante, sí es cierto que los riesgos aumentan cuando el *cliente* no *sabe estar con una trabajadora sexual*.

La idea de *servicio sexual* no solo está atada a la noción de *herramienta de trabajo*, sino también a la de un *cliente* particular. De este modo, la tríada entre partes del cuerpo, lo que esas partes producen y para quién lo hacen se completa posibilitada por el intercambio monetario: ofrezco determinadas partes de mi cuerpo que pueden hacer ciertas cosas con personas específicas.

Una tarde en Villa del Parque, Nadia, quien había sido iniciada por Carla nos cuenta que elije, no se va con "cualquiera". Cuando dice cualquiera se refiere a *pendejos*, hombres jóvenes que según ella piden "cosas raras" y que a veces tienen cara de *merca*[20] o de haber tomado alcohol. Cuando comenzó a ejercer el oficio, no sabía estas cosas y pasó por episodios con hombres así. Una vez se fue con uno a un hotel. Él empezó a tomar *merca* y a tomar mucho whisky. Cuando pasó el turno, llamó a la recepción del hotel para pedir otro y le dio $20 a Nadia como garantía de que le iba a pagar. Nadia sentía que no se podía ir, que "estaba jugada". Él la obligó a consumir cocaína. Fueron 3 horas de no entender lo que estaba pasando, de sentirse mal y de estar asustada ante la incertidumbre. Cuando las 3 horas culminaron, él se fue sin pagar y ella se fue con solo $20 por las 3 horas. Ahora elije con quien irse, se va con hombres grandes, arriba de 70 años, y les ve la cara. Si tiene cara de *pendejo*, la trata mal al hablar o tiene cara de *merquero*, ella no sale.

[20] Categoría generalmente utilizada para señalar a quien consume cocaína.

A lo largo de mis visitas al barrio de Villa del Parque en la Ciudad de Buenos Aires, fue habitual encontrar discursos que describían una especie de selección de los *clientes*. Esto complejiza la estricta noción de que la circulación del dinero es la condición *sine qua non* para la habilitación de relaciones sin condiciones que las regulen y delimiten. Por el hecho de que un hombre se acerque con dinero, no significa que la *trabajadora sexual* haga una *salida* con él. Esto quiere decir que existen otros criterios que derrumban el mito de "vida fácil" (que refiere a los debates que retoma Viviana Zelizer sobre la importancia del origen del dinero para legitimar o no su uso y que ya fueron señalados en el capítulo II) y de "venta del cuerpo". Por el contrario, muchas veces resulta dificultoso para las *trabajadoras sexuales* volver a casa con el ingreso suficiente para sostenerse por algunos días y esto se debe a que es solo hacen *salidas* con el *cliente de siempre* o con hombres sin portación de cara de *pendejo*. Parece ser que la selección de este tipo de *cliente* constituye un criterio más interesante para entender esta práctica económica.

El *cliente de siempre*, como Víctor, Gustavo y Eugenio en Villa del Parque, son los que *saben estar con una trabajadora sexual*. No solo Nadia debía aprender a ser una *trabajadora sexual*, es decir acumular el saber y las experiencias para comenzar a ejercer tal actividad. Esto implicaba saber identificar a quién *ofrecer sus servicios*. La *cara de merquero*, la *cara de raro* o la *cara de pendejo* dice de la persona que no sabe cómo estar con una *trabajadora sexual*, pues introduce una serie de variables que pueden implicar algún tipo de perjuicio para la integridad física de una *trabajadora*. Implica la posibilidad de que el acuerdo o contrato, como lo llamaría Day, pueda llegar a romperse (Day, 1994).

El problema con un *pendejo* o un *merquero* es la apertura a la posibilidad de que pida *cosas raras*, esto es que solicite *servicios* que se salen de lo *ofrecido* usualmente, como son la *francesa*, el *completo*, la *compañía*, la *salida a comer* o *mirar.* Sin embargo, el verdadero problema no es que soliciten *cosas raras*, sino que esos hombres que son desconocidos lo hagan. Es aquí donde vemos que ellas aceptan prestar ciertos *servicios* con *clientes* específicos.

Estábamos sentadas con Sonia y otra señora al costado de la plaza una tarde de viernes. Sonia tiene unos 45 años, es alta, pelirroja y se arregla muy bien. Siempre con polleras, medias negras y muy bien maquillada. Era un viernes frío, íbamos siguiendo la luz del sol para no morir congeladas. Además, *estaba lento*, no había *clientes*. Ellas estaban

esperando a sus *clientes de siempre*. Si no llegaba ninguno, se irían al anochecer. Súbitamente (percepción mía, pues para ellas era un ritmo usual e incluso hasta "lento"), Sonia dice que la esperemos, que ya vuelve. La otra señora explicó que se había ido con un *cliente de toda la vida*, que es portero de un edificio que se encuentra a media cuadra de la plaza. Ese *cliente* pide *francesa*, pero para ella lo que pide no es eso, sino que ellas se levanten la pollera para poder mirar sus genitales. La cuestión es que paga como si fuera una *francesa*, $50 (en ese momento). "Con tipos así es un placer salir porque no tenés que hacer nada, ni siquiera tocarlos", se ríe ella.

Este momento está indicado un elemento fundamental en lo que el dinero habilita en una interacción entre Sonia, que se considera *trabajadora sexual*, y su *cliente*. Es esperable que ese *cliente* solicite ese *servicio* específico, lo que lo vuelve aceptable. Existe una correlación entre el *cliente de siempre* y los *servicios* que pide. La variable más importante es que es un *cliente de toda la vida*. Puede suceder que lo que pide sea considerado *raro*, pero se vuelve aceptable en tanto que es una persona conocida. No se saldrá de aquello que la *trabajadora sexual* puede manejar, la situación puede entenderse y verbalizarse. No encontramos grandes confusiones ni malentendidos en el intercambio, ya que este *cliente sabe estar con una trabajadora sexual*. Este saber está relacionado, principalmente, con la falta de *brutalidad* y la edad avanzada (mediana y tercera edad), a diferencia de quienes suelen ser los jóvenes vigorosos de cara *rara* que pueden agredir o lastimar los genitales.

El dinero que proviene de un *cliente de siempre* también tiene un significado particular, es una suerte de ingreso fijo que se utiliza para pagar la educación de los hijos y hacer arreglos o construcciones en las casas. Esto muestra que no existe la consecuente degradación moral sobre el mismo, por lo que el dinero no adopta una carga moralmente negativa como Viviana Zelizer afirma para el caso de la prostitución (Zelizer, 2011). Contrariamente, el dinero proveniente del encuentro con un *cliente* no es "dinero sucio" y, menos aún, el del *cliente de siempre*. El desarrollo y éxito educativo y profesional de los hijos de estas *trabajadoras sexuales* se apoya y se adjudica al uso de los ingresos provenientes del *cliente de toda la vida*, que aseguran una continuidad y permanencia que no puede un *pendejo*. Es así que otorgan legitimidad al dinero proveniente de su actividad. Sostienen que su vida ha mejorado gracias al *trabajo sexual*, sus hijos pudieron estudiar y han obtenido trabajos dignos.

Demarcaciones corporales

En forma contraria a las teorías revisadas, estas mujeres afirman que lo que consideran íntimo y privado no se encuentra atado a sus cuerpos como un todo. De hecho, en este discurso, la intimidad no está asociada necesariamente a la idea de tener sexo, sino a ciertas prácticas sexuales y no sexuales específicas. Entonces, lo que hacen es reservar estas prácticas solo para sus vidas privadas con sus novios, esposos y amigos. En este sentido, se vuelve posible para ellas producir una separación de su self para utilizar sus cuerpos como una herramienta. Si la intimidad no puede encontrarse en cada relación sexual, entonces es posible movilizar estas relaciones sin involucrar cada aspecto de su integridad corporal y emocional. Entonces, lo que parece que en verdad posee precio, esto es lo que puede ser vendido, no es el cuerpo, sino los simulacros que este cuerpo produce (Klossowski, 2010), que en este caso toman la forma de *servicios sexuales*, crear fantasías, hacer compañía, conversaciones y prestar consejos. A modo de pregunta para investigaciones futuras podríamos dejar planteado cómo es el proceso por el cual se produce un simulacro y se le pone precio, qué es un simulacro para ellas, cuánto de sí mismas colocan en ellos y qué implica esto para la formulación de la noción de mercancía.

La mayor parte de las veces, lo que dedican a las relaciones que forman parte de sus vidas privadas tiene que ver con la posibilidad del disfrute, del goce y de producir orgasmos, el involucramiento de ciertas partes del cuerpo que no están a la venta, la posibilidad de no utilizar preservativo y de tener hijos. Estas prácticas fueron denominadas por Santiago Morcillo técnicas que operan como fronteras encarnadas (Morcillo, 2012a).

Una *trabajadora sexual* de unos 40 años, que se autodefine como lesbiana pero que *atiende* varones, comenta: “Yo me pongo en blanco. No sentís nada. No les tengo asco, pero no me dan nada. Trato de que no haya contacto piel a piel. Sexo oral ni loca.” A continuación cuenta una teoría sumamente interesante. Según ella, el placer y el sentimiento son dos cosas distintas, aunque la gente suele confundirlos. Para explicarlo, me utiliza como parte de su relato, me involucra otorgándome el papel de *clienta* para que entienda, pero la atmósfera se

vuelve íntima e incómoda para mí. Entonces prosigue describiendo su escena, si ella me venda los ojos y me estimula sexualmente, "eso es placer, no es sentimiento".

Lo que intentaba explicarme es la producción de una escisión, que se deja traslucir en todos los relatos. La instalación del tabú de los sentimientos y la intimidad en la esfera del *trabajo sexual*, que opera como una prohibición de involucrar la integridad de la persona. Trabajos como los de Morcillo han sido especialmente iluminadores en este punto. La reducción al máximo del contacto físico entre los cuerpos de una prostituta y su *cliente* se construye como un fuerte límite simbólico encarnado (Morcillo, 2012a; Gonzalez, 2014). Morcillo plantea que "[…] fijar límites a las prácticas sexuales sostenidas con los *clientes* puede ser comprendido como parte de los límites simbólicos (corporeizados) que construyen las personas dedicadas al *trabajo sexual*" (Morcillo, 2012a: 21). Es así que dar besos, no usar preservativo, practicar sexo anal y, algunas veces, sostener relaciones sexuales con mujeres, se construyen como límites que no deberían desafiarse. Felipe González afirma que las técnicas de demarcación son fundamentalmente tres: la prohibición de no utilizar preservativo, la exclusión de ciertas partes corporales y el control del placer (González, 2014).

Estas fronteras responden a varias necesidades que pueden dilucidarse en los diálogos con las *trabajadoras* y que trabajos como los de Morcillo han confirmado. En primer lugar, una preocupación por la dimensión higiénica del ejercicio de la prostitución, de ahí la insistencia en el uso de preservativo. Una de las *trabajadoras* cuenta que "una vez, un *cliente* se sacó el preservativo y cuando me di cuenta el tipo me dijo 'Jugate con tus colores', como que si sos prostituta, bancate la que viene. Lo primero que pensás si un *cliente* se saca el preservativo es que tiene algo. Por suerte, no me contagié nada, pero los 6 meses ventana los sufrí yo", haciendo referencia al período de latencia antes de que el virus del HIV pueda ser detectado por los análisis de sangre. En segundo lugar, las fronteras operan para reafirmar a la prostitución como un trabajo y para separar, organizar y delimitar el *trabajo sexual* como trabajo. En tercer lugar, como hemos visto en el caso de la *trabajadora* que se definía como lesbiana, una necesidad de no tener contacto con cuerpos que no resultan atractivos según su orientación y gustos sexuales. En cuarto lugar, se vuelve necesario separar la dimensión de los afectos del sexo comercial (Morcillo, 2012 a y b). Menciona dos motivaciones más: evitar las prácticas que potencialmente podrían generar placer en estas mujeres y aquellas que podrían producirles repugnancia. Sin embargo, creemos que se relacionan con dimensiones

anteriormente descriptas acerca de las preferencias sexuales, no solo de orientación sino también de prácticas, y el rechazo a sentir placer en el encuentro con un *cliente*.

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando el *cliente* se quita el preservativo, o cuando una *trabajadora sexual* se involucra sentimentalmente con una persona que *atiende* y deja de cobrarle el *servicio* prestado, cuando tiene un orgasmo con uno de ellos o cuando queda embarazada? Si bien la selección de los *clientes* tiene por objeto minimizar los riesgos que el encuentro sexual pago pueda tener para ellas, no es posible eliminarlos completamente. Puede ocurrir alguno de los incidentes mencionados y cuando suceden son conceptualizados por las *trabajadoras sexuales* como *accidentes de trabajo*, un problema imprevisto pero que es parte constitutiva del universo de posibilidades del mundo de la prostitución. Tal vez estos sucesos son pensados como accidentes porque el discurso de la prostitución como trabajo resulta un poco rígido para admitir momentos de goce erótico. Si se admitiera a viva voz que la relación con un *cliente* provocó placer sexual y atracción erótica se desarmaría el intento de profesionalización de la actividad, lo que se corresponde con una dicotomía trabajo/placer que no es ajena a otras actividades laborales. No obstante, cabe preguntarse ¿qué se entiende por goce? ¿Qué se entiende por afecto? ¿Cuál es el lugar que se les otorga? ¿Producir fronteras simbólicas encarnadas puede implicar una forma de verse afectado y afectar la práctica del *trabajo sexual*?

Sexo, dinero y afecto

Tanto las narrativas de las *trabajadoras sexuales* y los trabajos de investigación acerca de estas narrativas, suponen de forma explícita lo que denominan sexo comercial o mercado del sexo. Estas nociones, en los trabajos más críticos, hacen que las descripciones y explicaciones acerca de este mundo, como indica Morcillo, conjuguen "variables económicas con una serie de elementos que […] sin excluirlas, exceden a la lógica meramente monetaria" (Morcillo, 2012a: 18). Pensar que las demarcaciones simbólicas y corporales se encuentran por fuera de la lógica monetaria implica una definición de la moneda que presenta ciertas

dificultades pues se inscribe en lo que Karl Polanyi denomina un sentido formal de la economía (Polanyi, 1976).

Según Karl Polanyi, Bruno Théret y Florence Weber, la definición formal de economía contradice los descubrimientos de la antropología y la historia acerca de la moneda y los mercados (Polanyi, 1967; Theret, 2001; Weber, 2008). Mientras la existencia del comercio y de monedas puede rastrearse al comienzo de la historia de la humanidad, el sistema mercantil hace su aparición mucho después, hacia el siglo I, solo adquiriendo real relevancia en siglos recientes (Théret, 2001). Los análisis que consideran a la moneda, al comercio y al mercado como un "todo indivisible", según Polanyi, suponen que el comercio es un intercambio de bienes que sucede en el mercado y la moneda es el bien que facilita y hace cuantificable el intercambio:

> "Este enfoque debe entrañar una aceptación más o menos tácita del principio heurístico según el que, allí donde el comercio está presente, se puede suponer la existencia de mercados y allí donde la moneda está presente se puede suponer la existencia del comercio y luego de los mercados. Naturalmente se llega a ver mercados donde no existen y a ignorar el comercio y la moneda cuando existen por el hecho de la ausencia de los mercados." (Polanyi, 1976)

De ahí que Weber postula que suele pensarse que las transacciones mercantiles son transacciones monetarias (Weber, 2008). Estas investigaciones ofrecen la oportunidad de hacernos una serie de preguntas: ¿Se puede suponer que existe un mercado del sexo solo porque existan intercambios por dinero? Si seguimos los argumentos de estos autores, no podemos suponer que existe un mercado del sexo solo porque hay intercambios monetarios. Y si no podemos afirmar que haya mercado, que como concepto intenta (como ya hemos visto) desterrar la presencia de sentimientos y emociones (sean de cariño, de rechazo, de discriminación, de selección o sexuales), cabe preguntarse qué ocurre, entonces, con la esfera de los afectos. ¿Podemos decir que el dinero hace de las partes de los cuerpos de las *trabajadoras sexuales* un objeto o un mero medio, como nos dice Simmel? Creemos que la literatura que separa las nociones vinculadas a los afectos, los sentimientos, las emociones del dinero que media entre estas mujeres y sus *clientes* no permite comprender la idea de moneda como mediación concreta entre los hombres. En efecto, ¿no demostraría la existencia de

fronteras simbólicas corporeizadas que se le pueden imprimir al dinero contenidos subjetivos que exceden una definición restrictiva de la economía y el dinero? Una definición restrictiva sería aquella que asume que la moneda es el gran equivalente universal que facilita las relaciones mercantiles, así su entidad deriva de la existencia del mercado. Por el contrario, aquí proponemos colocar los descubrimientos sobre los límites simbólicos corporales en los intercambios sexuales al servicio de una definición no formal, sino substantiva de la economía (Polanyi, 1967), donde la moneda tiene una entidad propia independiente de los mercados y tiene un carácter de tipo personal, pues puede circular en relaciones personales que, como mostramos en las páginas anteriores, movilizan afectos expresados en rechazos, limitaciones, fronteras y acercamientos.

Basta con observar un grupo de mujeres que se consideran *trabajadoras sexuales* para encontrar que existe la posibilidad (negada las teorías que hacen hincapié en que toda forma de intercambio de sexo por dinero es violencia) de que el ejercicio de la prostitución sea múltiple y no pueda acabarse desde la teoría. Según las afiliadas a AMMAR Capital-CTA, el dinero obtenido a partir del *trabajo sexual* no compra cuerpos, sino que compra el acceso a ciertas condiciones establecidas por la misma *trabajadora*. Con esto queremos preguntarnos acerca de la existencia o no de un proceso generalizado de comercialización del sexo y discutir el grado y las formas en que se produce. Es así que vemos que el dinero proveniente del *trabajo sexual* encuentra marcajes subjetivos constantes. Sus marcas morales tienen que ver con la legitimidad del ejercicio de la prostitución de una forma *autónoma* y con la selección del *cliente* y de los *servicios* adecuados con cada uno de ellos. ¿Podríamos concluir que el dinero no paga un cuerpo, sino una relación que no es necesariamente reducida a objeto? ¿La presencia de dinero implica la existencia de una mercancía?

Dentro de sus posibilidades como *trabajadoras sexuales,* realizan una especie de selección de *clientes*, con su consiguiente clasificación en *clientes de siempre* y *clientes* con *cara rara*, lo que se adecua a una serie de *servicios* específicos intercambiados con cada uno de ellos. Tales *servicios* pueden ser sexuales o no, pero la razón por la cual la mayoría de los *clientes* llega es por la búsqueda de compañía y de no ser juzgados. En verdad, son juzgados porque ése es el mecanismo por el cual son seleccionados por las *trabajadoras sexuales*. Esta clasificación es una forma de organizar la actividad y darle previsibilidad, pero podríamos preguntarnos, en una continuación de esta investigación, qué ocurre con las figuras intermedias: el hombre que no es un *cliente* habitual, pero tampoco un joven imprevisible.

Así como para Bourdieu no es posible un acto desinteresado (Bourdieu, 1997), la relación entre una *trabajadora sexual* y su *cliente* y el dinero que la mediatiza, no pueden ser afectivamente desinteresados. En efecto, la intimidad y el sentirse afectado no podría circunscribirse a la venta de los genitales, sino que quizás necesitamos ampliar nuestra forma de concebir la intimidad.

CAPÍTULO IV

Compañeras, no *compañeras* y *malas compañeras*

Límites: quién es *compañera* y quién no

Hemos visto el proceso por el cual lidian con sus opciones de supervivencia y las formas en que regulan cotidianamente sus espacios y sus relaciones inscribiendo fronteras en sus cuerpos. Ahora ahondaremos en otro espacio también marcado por límites. La prostitución organizada y sindicalizada implica una organización del universo gremial en términos de compañerismo. *Compañera*, *no compañera* o *falta de compañerismo* son categorías que permiten definir las características que forman parte de las subjetividades que hacen al sindicato. La práctica de producir y hacer circular lo que Mary Douglas denominó una etiqueta social (Douglas, 1996), implica asignar posiciones en un universo, definiendo quién pertenece y quién no pertenece a éste. En este proceso se produce una cuidadosa selección de ciertas formas de hacer según cumplan o rompan con los *códigos* de la prostitución callejera, que son una conjunción entre el aprendizaje de las reglas que la rigen descripto en el capítulo II y la experiencia compartida de la militancia en AMMAR que, a su vez, pertenece a la Central de Trabajadores de la Argentina. Seleccionar las características que hacen a una *compañera* y definir a las que no formarán parte de ningún modo constituye un proceso armónico y neutral de organización. Por el contrario, se generan tensiones en las relaciones entre *trabajadoras sexuales* en la circulación de categorías que las ordenan y dan sentido.

Usualmente, los trabajos que se han ocupado de analizar o describir la experiencia del sindicato de prostitutas en Argentina, en sus diferentes filiales, han hecho especial hincapié en la construcción y, consiguiente, disputa entre las posturas ideológicas que devienen en formas distintas de nombrar la actividad. Específicamente, encontramos exhaustivos estudios en la

ciudad de Córdoba (Fassi, 2013; Avalle y Brandán, 2011) y en la organización a nivel nacional (Justo Von Lurzer, 2006; 2008; Bravo Almonacid, Di Biase, Dip, Pis Diez, Sorgentini, Rodríguez, 2009) que han contribuido a instalar preguntas acerca de la experiencia de lucha de las organizaciones que trabajan desde, con y/o sobre prostitutas. No obstante, notamos que los trabajos publicados hasta el momento se concentran en comprender las luchas y disputas en la arena política con organismos del Estado, internacionales y con otras organizaciones afines. Cuando se retrata a los colectivos en combate pocas veces encontramos datos sobre las relaciones al interior de los mismos, de modo tal que parecieran componerse de vínculos ya dados y no en construcción, en tensión y en acción y que solo encuentran conflictividad hacia afuera. Pensar el problema de la organización de las mujeres prostitutas desde el viejo marco legislativo que nos han proporcionado las grandes posturas de los Estados a lo largo del mundo (prohibicionismo, abolicionismo y reglamentarismo) nos propone una lectura de grupos inmiscuidos en batallas ideológicas, donde los problemas están localizados hacia afuera y se dirimen en una dicotomía que puede reducirse a la pregunta: ¿es *trabajo sexual* o explotación sexual?

Por las razones que hemos expuesto, se pierde de vista el carácter dinámico y, muchas veces, tensionante de las organizaciones de prostitutas. No podemos ignorar que en los discursos que las dirigentes ponen en juego en el espacio público sintetizan un proceso de construcción interna que nunca es homogéneo ni armónico. Continuando con la línea argumentativa de esta investigación, aquí me propongo mostrar las formas en que estas mujeres regulan su actividad, lidiando con las tensiones que generan las interacciones entre *compañeras* que ofrecen *servicios sexuales* y construyen la organización cotidianamente.

La experiencia de organización es concomitante al de la Central de Trabajadores de la Argentina, que las invita a participar del proceso político de agremiación que comienza en los años ’90, en lo que ellas ven una oportunidad para defenderse frente al asedio constante de la policía, que las detenía constantemente. Estando nucleadas en una central obrera, la discusión sobre el estatus y la forma de denominar la actividad que practican no tardó en llegar. Si bien la categoría de meretriz que forma parte de las siglas AMMAR, había sido cuidadosamente seleccionada para desviar de algún modo el estigma que porta la noción de prostituta, aún no podía resolver el problema de pensarse entre la explotación sexual y la autonomía.

En 2002 estas discusiones se cristalizaron en dos formas distintas de concebir la prostitución. Ambas continuaron sosteniendo las siglas de AMMAR, pero con contenidos diferentes. Por un lado, un grupo consideraba que la prostitución era una forma de explotación sexual. Bajo este paradigma, las mujeres que entran en este mundo son víctimas de un sistema patriarcal que las prostituye, por lo que la mujer se encuentra *en situación de prostitución*[21], haciendo hincapié en que es una condición temporal de la cual se busca escapar. Por otro lado, algunas pensaban su actividad como una salida laboral, denominándola *trabajo sexual*. El sujeto, o mejor dicho, la sujeta de esta práctica no es una víctima, sino una sujeta *trabajadora* con estatus de sujeta política, que intenta sumarse al entonces nuevo movimiento obrero argentino pensado desde la CTA. Mientras éstas se constituyeron como un sindicato llamado Asociación de Mujeres Meretrices de Argentina en Acción por los Derechos Humanos[22], cuyo objetivo es la lucha por la regularización de las condiciones laborales de las *trabajadoras sexuales* (construyéndose como derecho), las anteriores formaron una organización no gubernamental (Asociación de Mujeres Argentinas por los Derechos Humanos) dedicada al trabajo con las víctimas de prostitución y a la búsqueda de salidas laborales que les permitan escapar de ese mundo.

Para explicar las formas en que estas mujeres definen su universo y se organizan, no necesitamos detenernos en la pregunta por la explotación. Si la prostitución es una forma de trabajo o de explotación económica y sexual de las mujeres no resulta relevante para esta investigación. Las posturas de uno y de otro lado del espectro no desconocen que exista explotación en esta actividad. Por el contrario, tanto *trabajadoras sexuales* como *mujeres en situación de prostitución* entienden que se encuentran involucradas en relaciones de explotación sexual y económica. La cuestión en discusión, quizás, es acerca de los grados y las formas que adopta la explotación. Los aspectos más interesantes aquí es señalar dónde se localiza la explotación, qué tipo de sujeto político individual y colectivo se construye a partir

[21] El sujeto-víctima que se constituye aquí fue ampliamente abordado por Cecilia Varela, Débera Daich, Adriana Piscitelli, Dolores Juliano y Sealing Cheng en sus análisis sobre las políticas de combate contra la trata y la prostitución a nivel nacional e internacional. Según sus trabajos, este sujeto implica una mirada sobre mujeres *trabajadoras sexuales* del tercer mundo que las constituye como débiles (Varela, 2012; Daich, 2012b; Cheng, 2013).

[22] El sindicato posee filiales en varios lugares del país: Provincia de Buenos Aires, Capital Federal, Entre Ríos, Mendoza, Neuquén, Río Grande, San Juan, Santa Fe, Santiago del Estero, Usuhaia, La Plata, Córdoba. Actualmente, las filiales se encuentran separadas a raíz del quiebre que la CTA sufrió a partir de 2010, una parte se alineó con Pablo Micheli y la otra, con Hugo Yaski.

de esto y cuáles son los reclamos considerados legítimos. Así, la pregunta se complejiza: si ambas organizaciones reconocen la permanencia de lo que identifican como relaciones patriarcales de explotación entre el varón y la mujer[23], entonces encontramos el eje de la discusión en cómo pensarse como colectivo frente a ese problema. ¿Cómo se denomina y cuál es el lugar de las sujetas que intervienen en la discusión?

A partir de esta separación comenzó a hacerse notoria la lucha simbólica por el poder de denominar la prostitución. Las categorías de *trabajadoras sexuales* y de *situación de prostitución* son construcciones simbólicas asociadas a mundos simbólicos particulares y diversos (Stolcke, 1999). Por un lado, la *situación de prostitución* afirma el carácter de víctima de la mujer prostituta, víctima de la sociedad patriarcal, de la disposición de su cuerpo por parte del varón y de su condición de pobreza. Por el otro, si bien reconocen su posición dentro de los sectores populares de la sociedad, las *trabajadoras sexuales* señalan su carácter de voluntad y autonomía. La insistencia de la categoría nativa de *trabajo sexual* refiere, en parte, a su afirmación frente a la de *en situación de prostitución*. Si bien las *trabajadoras sexuales* están convencidas de que una mujer que ejerce por voluntad propia la prostitución por un tiempo considerable es una *trabajadora* y no se encuentra *en situación*, consideran a quienes se piensan *en situación* como *compañeras*, lo que en términos de lenguaje sindical es muy notorio.

En un análisis de estos debates, Carolina Justo Von Lurzer cree que esta separación debe leerse dentro de los "mecanismos de fragmentación" propios del proceso de constitución de sujetos políticos en doble subalternidad: material, laboral, educativa, como también simbólica, ya que carecen de reconocimiento social. Esta división obstaculiza la organización colectiva (Justo Von Lurzer, 2006; 2008). Las mismas protagonistas dan cuenta de esta dificultad: luego de varias horas de discusión entre AMMAR y otras organizaciones de prostitutas en el panel de debate sobre políticas públicas y prostitución en CABA descripto en el capítulo anterior, Gabriela Collantes, quien fuera una de las fundadoras de AMMAR para luego apartarse y crear la organización no gubernamental de mujeres *en situación de prostitución*, declara algo enojada: "El Estado mira al costado mientras las putas siguen

[23] Como señalé anteriormente, existen también mujeres *clientas*, pero la cantidad es insignificante a diferencia de la de varones.

discutiendo". La sensación de que la discusión sobre el vocabulario las priva de debates mayores sobre sus condiciones de subsistencia es compartida.

Ahora bien, a pesar de los mecanismos de fragmentación, que son visibles no solo en la literatura sino también en la experiencia del trabajo de campo, es interesante señalar que la categoría de *compañera* para señalar a las mujeres *en situación de prostitución* persiste. Esto quiere decir que se reconoce un origen de lucha, condiciones materiales de existencia y estigmas en común. Relatando la separación en ocasión de aquel panel de debate, Elena Reynaga dice frente a Collantes: "Las calles y los códigos nos hicieron sostener códigos de amistad y quizás ahora es el momento de volver a discutir. Hay más en común que disidencias".

Las calles y los códigos hoy encuentran sentido dentro de un discurso de militancia que identifica dos frentes de lucha: primero el acoso de la policía en los años '70, '80 y '90 y, luego, el Estado como lugar de interlocución para dirimir y obtener sus objetivos como organizaciones. Las anécdotas sobre "caer presas" en las comisarías mientras ejercían en las whiskerías y en las calles, abundan en estas narrativas. Un orgullo se deja entrever cuando cuentan que solían quemar los calabozos, gritaban, eran las "quilomberas" en el sentido combativo de la palabra. Cuando "cayeron" en la comisaría 50 de la Ciudad de Buenos Aires, las trasladaron para que no "agitaran" al resto de las mujeres encerradas. Esa fue la oportunidad en la que Collantes y Reynaga empezaron a hablar. "El hecho de que no estemos juntas no significa que nos vemos como enemigas, sabemos bien quién es el enemigo". El enemigo es localizado hacia afuera: en la policía y en la postura ideológica del Estado frente a la prostitución.

Lo que ellas denominan la discusión sobre el vocabulario es rechazada en pos de un cierto compañerismo en la lucha, y esto revela un cierto hastío por la inmovilidad que provoca sostener el debate en ese nivel.

Mujeres y mujeres trans

En una conversación dentro de la oficina de AMMAR sindicato al comienzo de nuestro trabajo de campo, las dirigentes y militantes más cercanas intentaban explicarme las disputas y separación de la organización y su relación con otras formas de prostitución. Cuando surgió el tema de las transexuales, transgénero y travestis que se prostituyen notamos una cierta resistencia en el diálogo con organizaciones que las nuclean y un posiblemente fructífero contrapunto concreto para poder entender los límites de las definiciones sobre el compañerismo entre prostitutas organizadas. Pronto me explicaron que no las afilian al sindicato porque "no son *compañeras*".

Preguntando las razones y aprovechando la presencia de la delegada de La Plata, recordamos el episodio del entonces reciente y brutal asesinato de "La Moma", una mujer travesti que frecuentaba la zona roja de esa ciudad[24]. Sus respuestas daban pistas acerca de la disidencia en las preocupaciones de las militantes tanto mujeres prostitutas como mujeres trans prostitutas. Frente al asesinato, AMMAR "acompañó y apoyó", pero no las incluyen como militantes en su organización. La relación con las dirigentes de las organizaciones de trans en la ciudad es buena, pero "hasta ahí porque siempre se pelean entre ellas y no son *compañeras*", son "muy competitivas".

Por un lado, existe una articulación de fuerzas cuando la Asociación de Trans y *Trabajadoras sexuales* (ATTS) de Río Negro fueron invitadas a la conformación en 2013 del Frente por el Reconocimiento del *Trabajo sexual*, iniciativa de AMMAR Capital, AMMAR Ushuaia, AMMAR provincia de Buenos Aires, AMMAR Salta, AMMAR Chaco y AMMAR Córdoba, todas nucleadas en la CTA que dirige Pablo Micheli[25]. Por otro, cabe señalar que hay disputas sobre la forma en que se piensa la prostitución entre las organizaciones de trans. En gran medida, se producen las mismas distancias que aquellas que hemos visto entre las

[24] "La Moma" de 36 años, cuyo nombre era Carolina González Abad, fue asesinada el 19 de octubre de 2011.

[25] Vale aclarar que previo a este momento, en 2012 AMMAR sufrió otro quiebre de tipo ideológico a raíz de la ruptura de la CTA. Una parte, alineada al gobierno nacional kirchnerista decidió formar parte de la CTA oficialista dirigida por Hugo Yaski, mientras la otra fracción pasó a ser miembro de la CTA opositora de Pablo Micheli. No recuperé este quiebre como dato pues no implicó una modificación de las categorías asociadas a la organización de la actividad como trabajo dentro de un sindicato, sino que generó conflictos de otro orden, que exceden a los objetivos de esta investigación.

mujeres *en situación de prostitución* y las *trabajadoras sexuales*. La problemática de la prostitución como polarización *trabajo sexual* - explotación sexual ha atravesado también al colectivo trans. Sin embargo, a todos los problemas ya expuestos acerca de la fragmentación que eso ocasiona, debemos agregar que, como explica Liza García Reyes, en este caso no solo se niega su condición de ciudadanas, sino que no gozan de ningún tipo de reconocimiento social, especialmente en relación a su identidad (García Reyes, 2013). Ahora bien, lo que intento mostrar aquí es que a nivel de la articulación de fuerzas para abocarse a la temática de la prostitución, los colectivos sufren fuertes tensiones no solo por parte del reconocimiento oficial estatal o de organismos internacionales, sino también hacia adentro.

Esta visión de las mujeres trans puede encontrarse también en las calles. Tanto mujeres que definen como trans como mujeres en sentido tradicional y biológico comparten el territorio de ejercicio de la prostitución. Si bien, existen barrios y zonas en los que hace décadas predominan las prostitutas trans (como los bosques de Palermo), también es cierto que gran parte de los espacios son compartidos y microdelimitados. Así, encontramos ciertas calles de Constitución o de Liniers que son compartidas entre trans y no trans. Durante una visita al barrio de Constitución junto a una de las dirigentes del sindicato, dos mujeres que ocupan una de las esquinas del barrio relataban un episodio con dos trans marcado por la violencia física. Para ellas, con el objetivo de ocupar ciertas esquinas y calles y de robarles, las trans protagonizaban amenazas y actos que involucraban armas blancas. Estos episodios no solo se piensan como violencia hacia las mujeres prostitutas, sino también entre las mismas trans. En el barrio de Villa del Parque, una de las entrevistadas me aseguraba que "las chicas se sientan, no las ves desnudas o escandalosas. Se respeta la vestimenta. Nada llamativo por los chicos" (en referencia a los menores que hacen uso de la plaza y asisten a una escuela muy cercana). Esta frase hace referencia a la forma en que las trans se visten y presentan en las calles para atraer a los *clientes*.

Indagando sobre la cuestión en las reuniones del sindicato, lo que se revela es una distancia entre las problemáticas y las luchas de ambos colectivos. En su discurso, no aceptan trans en su organización porque, en definitiva, buscan otros tipos de reconocimiento, no solo el de su actividad como práctica laboral. Por el contrario, se alejan de la lucha compartida cuando ven entre las problemáticas del colectivo trans un problema que ellas no consideran tener: el de la identidad de género. Esto tiene sentido si tenemos en cuenta que la identidad que podemos pensar que forma AMMAR a través de estos juegos de inclusión y exclusión a

través de las categorías de *compañera* y *compañerismo* es una de carácter estrictamente político y no, necesariamente, sexual o de género.

Ahora bien, podríamos preguntarnos por qué el hecho de ser prostitutas trans las excluye de la esfera de representatividad del sindicato de meretrices. Para responder este interrogante, lo primero que viene a nuestra atención es la escasa producción sobre las relaciones entre organizaciones de prostitutas, de las diferentes sexualidades e identidades de género involucradas, y sobre los vínculos entre sus protagonistas. Sin embargo, me gustaría recuperar algunas ideas de la investigación de Mariana Álvarez Broz sobre el colectivo trans y su relación con los conceptos de mujer.

Muchas veces, las organizaciones de personas trans rechazan la noción hegemónica y estereotípica de la mujer. De este modo

> "muchas de las feminidades trans no se autoidentifican con la categoría de "mujer", en la medida en que esta implica responder a un modelo único de experimentar lo femenino. Otras, en cambio, sí se asumen como mujeres con las interpretaciones propias que lo trans construye de la feminidad." (Rodríguez y Álvarez Broz, 2014: 105 y 106).

Teniendo en cuenta esto, podríamos pensar que en una organización de mujeres (definidas en términos biológicos) como es AMMAR, existe una adhesión fuerte a una noción de ser mujer cercana a "las relaciones de género históricamente establecidas y a las femineidades tradicionales" muy asociadas a la idea de maternidad y que encuentra su historización en el imperialismo cultural descripto por Stuart Hall (Rodríguez y Álvarez Broz, 2014: 109). Como hemos visto en el capítulo anterior, las mujeres que se prostituyen buscan en la maternidad y en la provisión de bienestar material y simbólico a los hijos una de las razones desplegadas en su discurso sobre cómo ingresaron al mundo de la prostitución y que luego se enarbola en una de las frases bandera de la organización: "Primero somos mujeres, luego madres, luego *trabajadoras sexuales*".

Falta de compañerismo

He descripto el proceso de delimitación del compañerismo entre *trabajadoras sexuales* sindicalizadas. El ordenamiento de su mundo, incluye aquellas mujeres con las que comparten una historia de militancia. A pesar de haber protagonizado un gran quiebre en la organización de las prostitutas debido a las disidencias en las formas de denominar la actividad, el activismo históricamente compartido las hace *compañeras*. No obstante, debido a estos eventos de separación, la lucha por los derechos de las mujeres en prostitución se ve fragmentada. Un quiebre de otro orden se produce entre las prostitutas que se consideran mujeres *trabajadoras sexuales* y las prostitutas trans. Encontramos aquí el límite del compañerismo en la prostitución, pues el ser *compañera* no reside en el ejercicio de la actividad, sino también en el tipo de relación que cada colectivo establece con las subjetividades femeninas.

Ahora bien, aún entre *compañeras* encontramos matices que permiten complejizar una idea armónica de la sindicalización por la defensa de derechos. Hasta el momento, los estudios sobre las mujeres de AMMAR no han indagado acerca de las tensiones y contradicciones en sus relaciones internas y la emergencia del sindicato como la forma de regulación y morigeración de tales problemas.

Nadia estaba sentada adentro de la plaza de Villa del Parque, lo que me pareció extraño, pues las chicas suelen sentarse en los contornos que dan hacia las cuatro calles que la rodean. Eso las hace más visibles a los autos y vecinos que pasan caminando y que un ojo ya entrenado puede identificarlos como potenciales *clientes*. Me contó que ella tiene una *pareja*, César, que no quiere que trabaje, se enoja si se entera que estuvo en la plaza. La denominación *pareja* funciona para señalar al *cliente de siempre*. César ya fue *pareja* de varias de las chicas de la plaza, así que siempre está presente en las conversaciones. Él exige exclusividad sexual pero, por su parte, no es recíproco. Algunas, en tono muy jocoso, lo llaman *el salvador* porque sale con una por dos o tres años y la quiere "sacar del trabajo", es decir, que pretende que ella deje de prostituirse.

No es el único que tiene estas pretensiones al establecer una relación de cierta duración con alguna de ellas, pero pocas veces sus intenciones son tomadas en serio. Sin embargo, como todas conocen a César y hacen *salidas* con él, algunas delatan a Nadia cuando él va a la plaza. Le cuentan que la vieron con otro mientras entraba en uno de los hoteles alojamiento del barrio, o lo llaman por teléfono y le cuentan. Él la llama y le reclama. Nadia dice que "falta *compañerismo*, no son *compañeras* las chicas". Lo que pasa es que él tampoco puede reclamar demasiado porque tiene que revelar que la razón por la cual se enteró de que Nadia estuvo trabajando es porque *salió* con otra chica de la plaza. Las *trabajadoras* llaman *mala compañera* a aquellas con las que surgen conflictos, que suelen tener que ver con hacerle saber a la *pareja* (el *cliente de siempre*) que la *compañera* involucrada continúa trabajando, a pesar de los reclamos del hombre.

Como indica lo señalado en el capítulo anterior, no existe una relación que pueda explicarse solamente por la presencia de un *cliente* que posee dinero para comprar el cuerpo de una *trabajadora sexual*, ya que existen barreras corporales y simbólicas erigidas. Ahora bien, como existen fronteras hacia afuera para con los *clientes*, también las hay hacia adentro de este grupo de mujeres. El sindicato interviene en los momentos conflictivos entre las *trabajadoras sexuales* por el territorio y por los *clientes de siempre*. Para hacer esto, moviliza ciertos dispositivos, como talleres y charlas en los barrios y en la oficina del sindicato, aunque la concurrencia es muy baja.

De estos conflictos no suele hablarse. Suceden en las plazas y calles, y con las dirigentes del sindicato se discuten las soluciones y no tanto el conflicto en sí mismo, ya que hacen mucho hincapié en la idea de que es importante "enseñar a sus *compañeras*". La ya mencionada Elena Reynaga lo describió como una "tarea docente" en la cual ella intenta que "las *compañeras* no traigan el individualismo de la calle al sindicato, que no tienen que mirarse raro o con lenguaje corporal rechazar a las chicas nuevas y jóvenes". Comenta que las *veteranas*[26] muchas veces rechazan a las chicas nuevas porque piensan que les pueden robar *clientes* y su lugar en el barrio. Elena plantea que tiene que hacer un trabajo constante porque cada vez que entra una nueva chica, se da esta situación. Les plantea a sus *compañeras* que "el *cliente* es el que tiene la plata y puede comprar lo que quiere", que "un *cliente* no es de

[26] Se denomina *veterana* a aquella mujer, generalmente de mediana o tercera edad, que tiene décadas de experiencia en el ejercicio de la prostitución.

una *compañera* o de otra, el *cliente* compra el *servicio* que quiere y no hay que pelearse por eso". Para ilustrar mejor esta premisa, hace un paralelismo con los *servicios* prestados en una peluquería "si vos creás un ambiente agradable, como en la peluquería genera dar un cafecito, el *cliente* va a ir con vos y las otras *compañeras* no se pueden enojar por eso".

Esto pareciera entrar en contradicción con la idea a la que arribé en el capítulo precedente sobre la selección del *cliente*. Una de las nociones que regula los intercambios entre este tipo de prostitución y sus *clientes* es que la *trabajadora sexual* despliega una serie de dispositivos para seleccionar con quién hacer una *salida*, bajo el lema "el *cliente* se elige". Entonces, cabe preguntarse cómo es posible que convivan dos principios tan disímiles y visiblemente contradictorios. Creo entender que no se trata de una contradicción pues las concepciones responden a espacios diferentes. La primera premisa actuaría como reguladora del conflicto entre las *trabajadoras sexuales*, mientras que la segunda regula la relación entre la prostituta y el *cliente*. Entonces, si bien el sindicato intenta regular la actividad de las *trabajadoras sexuales*, lo hace de dos formas diferentes para regular dos relaciones diferentes. Por un lado, regula la relación entre prostituta y *cliente* estableciendo lo que efectivamente las *trabajadoras* reproducen en las plazas y calles: que ellas eligen al *cliente*. Por otro lado, regula la relación entre *trabajadoras sexuales* estableciendo que es el *cliente* el que elige, por lo que deberían eliminarse todos los conflictos entre ellas. Mientras ellas adquieren el estatus de decidir con quién están dispuestas a acostarse, a ellos se les imprime un carácter de consumidores.

También en Villa del Parque encontramos a Juan. Cuando las *compañeras* de la plaza le preguntaron a Carla, en sus comienzos, si *salía* con alguien, ella dijo que con Juan. Una *compañera* la llamó muy enojada y le dijo que era *comida de todas*. Carla se sentía a gusto con él porque no se tenía que acostar con otros hombres, solo con él. Pero hoy en día, luego de años de ejercicio en el mismo barrio, se culpa: "no tenía noción de la dinámica de las *compañeras*". Se siente mal por no haber entendido cómo funcionaban las relaciones con los *clientes de siempre*.

El conflicto en torno a Juan y a César es un problema de ingresos. Sostener una relación continua con alguno de ellos y otros tantos que hace más de 30 años que son *clientes* significa no solo no tener que acostarse con varios hombres a la vez, lo que les permite preservarse físicamente y tener un ingreso fijo. El ingreso fijo resulta fundamental ante los

inestables ingresos del *trabajo* en las calles, que no asegura un flujo más o menos suficiente de *clientes* como para *hacer* (siquiera) *el día*. Un *día lento* es aquel en que hay una escasa o nula cantidad de *clientes*, por ende, no se generan ingresos. En torno a esto, las *trabajadoras sexuales* elaboran una teoría. Cuando la economía argentina está mal, lo primero que recortan las personas son los *gustitos*. Entre éstos, ubican al consumo de *servicios sexuales* pagos como los que ellas ofrecen, y al de taxis. Mirando hacia los costados de la plaza, mientras me explicaban esta teoría a propósito de por qué ese día estaba *lento*, fácilmente podían divisarse varios taxis parados con sus conductores estirando las piernas contra el coche.

Cuando la economía y la *lentitud* del día apremian, los conflictos afloran y, asegurarse una entrada de ingresos que por lo menos supere (por aquel entonces) los 100 pesos al día para cubrir gastos de niñera, comida del día y transporte para ir y volver de la plaza se vuelve más o menos imperativo. Esta urgencia, muchas veces, lleva a acciones que luego se presentan como merecedoras de las categorías de *mala compañera* o de *falta de compañerismo*.

Existe otra ocasión especialmente notoria para dudar acerca del compañerismo de otra *trabajadora*. Celeste, una de las chicas que trabaja por la noche en Villa del Parque, apareció un día con la cara cortada. Estaban seguras de que se trató de un ajuste de cuentas. Indagando, las dirigentes descubrieron que Celeste cobraba a sus *compañeras* por ocupar el lugar que ocupan en las calles, esquinas o plazas del barrio. Ella y otras mujeres "no son *compañeras de ley*", según la retórica que circulaba en las conversaciones. Esta mujer comparte el lugar de *falta de compañerismo* junto a otras: aquellas que se drogan o consumen alcohol en cantidades excesivas, que roban, o que hacen *quilombo*, es decir, generan problemas entre *compañeras*, se pelean, y protagonizan episodios que luego son relevados por los vecinos del barrio como excusa para las críticas y rechazos a su presencia en la zona. Para ejemplificar el *quilombo*, tenemos el caso de una de las chicas que comenzó a sentirse atraída por un joven que solía contratar sus *servicios*, pero que dejó de hacerlo porque tenía novia, lo que causó una pelea en la que se involucró la policía y la novia propinándole un puñetazo a la *trabajadora sexual*.

El *quilombo* está asociado al consumo de estupefacientes, alcohol y a no establecer una distancia "adecuada" con el *cliente*. Tal adecuación sigue los criterios de separación de vida privada y vida pública que señalan las demarcaciones corporales descriptas

anteriormente. Sin embargo, esto muestra que la separación de los sentimientos asociados a la intimidad con respecto a lo que ellas consideran su ámbito laboral, como he mostrado anteriormente, no es total. Cuando esos problemas aparecen, el sindicato actúa como forma de regulación de las tensiones que podrían ir en contra de esas técnicas que operan como fronteras simbólicas corporeizadas, generando e incentivando la participación en los talleres de los miércoles y los talles en las plazas y calles de los barrios donde se ejerce la prostitución.

Territorio: lugar de trabajo

Es usual escuchar en las charlas entre *compañeras* frases que involucren las ideas de "el hambre", "hay que llevar el puchero a casa". Creen que esa es la razón por la que las *compañeras* se pelean entre ellas y el origen de los conflictos por los *clientes* y por el lugar de trabajo. En este apartado me gustaría ocuparme de esta segunda cuestión.

En la esquina de siempre en Villa del Parque estaban Estela, Florencia y un señor que, usualmente, se sienta a charlar con ellas. Nos sentamos sobre cartón doblado a mirar la circulación de vecinos, mientras ellas hacían poses frente a los autos y caminantes que pasaban. A unos tres metros había dos policías en el borde de la vereda, casi en la calle. Ambos tenían sus bicicletas estacionadas. Las chicas cuentan que estaban desde la semana anterior y no las "dejan en paz". Por momentos, las obligan a caminar. Estela los enfrentó un día y les dijo que no estaban haciendo *quilombo* y que no tienen derecho a sacarlas. Los policías no pudieron hacer nada al respecto porque tenía razón. De todos modos, les piden o exigen que caminen y ellas, generalmente, lo hacen. A la media hora se fueron y Joahana me aseguró que fueron a "molestar a otras chicas".

Este episodio es tan solo uno entre muchos de los analizados por Déborah Daich y Mariana Sirimarco para explicar el accionar moralizador de la puesta en práctica del código de faltas de la Ciudad de Buenos Aires. La policía actúa bajo la vigencia del artículo 81 que penaliza la oferta y demanda ostensible de sexo en la vía pública, lo que para las

investigadoras "habilita la arbitrariedad policial por cuanto las pocas precisiones respecto de lo que es 'ostensible'" (Daich y Sirimarco, 2014: 29). De este modo, según este estudio, la normativa concibe a la prostitución y la regula desde una raíz profundamente moral basada en las nociones de buenas costumbres, ostensibilidad y escándalo en el espacio público. "Allí, donde no hay delito ni ilegalidad, sigue habiendo una falta, aunque más no sea al decoro" (Daich y Sirimarco, 2014: 29), por lo cual hay un desplazamiento de la función de la policía desde la vigilancia sobre el delito hacia el control del buen ordenamiento del espacio público.

Dentro de ese marco de interacciones entre prostitutas y policías, interesa qué ocurre cuando son desplazadas de lo que ellas conciben como su *lugar de trabajo*, qué ocurre cuando se mueven y ocupan territorio, bajo qué lógicas lo hacen y qué conflictos y consensos hacen a tal dinámica. Me sorprendió observar que cuando las fuerzan a caminar, dan una vuelta tan grande que bordean parte del barrio sin contemplar la posibilidad de entrar en muchas calles intermedias que les permitirían cortar camino. Entonces, recorren su calle hasta la estación de tren, que está a cuatro cuadras y luego suben dos más hasta Av. Nazca, por la que caminan unas seis cuadras para poder dar toda la vuelta y regresar. En total, estarían caminando unas 17 cuadras, por lo menos, cuando podrían estar tomando varios atajos. A nuestros ojos pareciera ser un gasto de tiempo y energía innecesario. No obstante, veremos que responde a una lógica territorial de relación entre *trabajadoras sexuales* y *lugares de trabajo* que despliega una serie de reglas que demandan ser cumplidas.

Mi pregunta apuntó rápidamente hacia la razón por la cual bordean esa parte del barrio por fuera y no usan las calles intermedias. La respuesta era obvia para ellas, deben caminar por ciertas calles y veredas específicas, bordeando sin tocar los territorios de las otras chicas. Efectivamente, la circulación en el territorio debe hacerse con mucho cuidado. Muchas de ellas se sienten cómodas en ese barrio, conocen a los vecinos y a los *clientes* (en muchos casos los *clientes* son los mismos vecinos). Algunas chicas cambian de lugar todo el tiempo para ser *la nueva* en cada espacio. Cada vez que llega una *nueva*, la *corren*, no la dejan quedarse en un lugar, sino que la hacen caminar, moverse, lo mismo que hace la policía con ellas. De este modo, van organizando el espacio y entrenando a las *nuevas* en la dinámica del territorio.

Sonia, una de las mujeres que veíamos todas las semanas en la plaza y en el sindicato, un día llegó con la noticia de que había conseguido su esquina en el barrio. Ahora ocupaba la

esquina opuesta a la de Estela. Solía trabajar en otros lugares, pero tuvo la oportunidad de instalarse en Villa del Parque por un tiempo ahora que había decidido retomar el trabajo después de acompañar a su madre enferma durante varios meses hasta su fallecimiento. "Conseguir su esquina" respondió una forma particular de pensar los espacios, que responde a una lógica que articula lugar, *trabajo*, *cliente* y buenas relaciones de compañerismo. El *lugar de trabajo* es fundamental porque allí las encontrarán Juan y César, los *clientes de siempre*, que aseguran el pago de los gastos fijos de cada mes. A Sonia le cedió la esquina la Juana. Le dijo que si alguien le decía algo, que le dijera que la Juana la dejó estar ahí. Por supuesto, Juana sabía claramente lo que podía ocurrir si ella no decía que ocupaba su lugar, es decir que no iba a haber un puesto más, sino el mismo puesto utilizado por otra persona. La primera vez que Sonia fue a trabajar, Estela la encaró con enojo, reclamándole explicaciones sobre la ocupación de ese lugar, un espacio que antes era ocupado por otra. Una cara nueva resulta problemática, amenaza la afluencia de *clientes*. Enseguida, Sonia dijo que estaba buscando a la secretaria general de AMMAR, acto por el cual interpuso al sindicato en lo que sería un potencial conflicto que se logró aplacar rápidamente.

Reflexiones finales

La prostitución y, específicamente, el *trabajo sexual* como problema de investigación sociológica y antropológica ha sido estudiada en extenso desde una perspectiva de género y sexualidades, pero aquí hemos intentado articularla con el estudio de lo que creemos es el nodo fundamental de las discusiones políticas en torno al tema: el dinero. No podríamos afirmar la existencia del fenómeno sin la presencia del componente económico que, no solo determina el ingreso al universo, sino además, entreteje las relaciones en su interior. El problema de la prostitución tanto para los teóricos clásicos como para ciertos feminismos encuentra en el dinero el motor (normalmente, juzgado como inadecuado) de tales intercambios. Dinero y sujetos, dinero y cuerpos resultan combinaciones letales para los procesos de subjetivación en el capitalismo, pero pocas veces estudiamos cómo se articulan y cuáles son las maneras particulares que van configurándose y articulándose en relaciones. Es por esto que la dimensión económica se convierte en el complemento perfecto de los estudios de sexualidades, que son aquellos dentro del género que han estudiado más profundamente el fenómeno.

Me gustaría señalar un aporte adicional. Estos objetivos fueron perseguidos desde una perspectiva etnográfica a través de encuentros corporales que dibujan diálogos entre dos tipos de conocimiento, el de la investigadora y el de las nativas, sin privilegiar uno por sobre otro pero que se afectan, alimentan y tensionan mutuamente. Decidí recuperar este enfoque no solo porque me permitió obtener y construir datos privilegiados gracias a la continuidad y persistencia en el armado de relaciones de confianza en el campo, sino también para intentar superar el epistemocentrismo en el que incurren las investigaciones que se erigen en torno a una definición apriorística de la prostitución exclusivamente como una forma de explotación y violencia sexual, negando su entrelazamiento con la agencia del *trabajo sexual* y sus representantes y, por ende. Siguiendo esta línea, se intentó no subestimar el discurso nativo, pero tampoco desentenderlo de los objetivos militantes del proceso de sindicalización en el que se inscribe y que organiza y da sentido a las narrativas.

Mi aporte ha sido este entramado de perspectivas teóricas y enfoque etnográfico que me permitieron interrogar las formas en que construyen su agencia como *trabajadoras sexuales* el grupo de afiliadas de AMMAR Capital-CTA a través de tres relaciones: con sus

condiciones socioeconómicas reducidas en un abanico de opciones de supervivencia en el que la prostitución se construye como una posibilidad; con sus *clientes,* articulando *servicios sexuales*, partes del cuerpo y formas de pago; y las relaciones entre ellas mismas dentro del mundo sindical organizado en torno a nociones de *compañerismo.* A continuación recuperaré los aportes más significativos.

En primer lugar, he intentado poner en tensión dos ideas de sentido común que colocan un manto de invisibilidad sobre las prácticas del *trabajo sexual*: las nociones de "vida fácil" y de "víctima". La primera está asociada a la idea de la obtención fácil de dinero y la ilegitimidad de la fuente de ingresos, por encontrar su origen en la prostitución de sectores populares. La segunda ha teñido de inocencia, pasividad e incapacidad de decisión, acción y organización a las protagonistas de esta investigación, quienes lo han colocado como un blanco favorito de críticas, pues introduce la inmovilidad ahí donde ellas ven agencia. Estas concepciones entran en fuerte contradicción con la forma en que lidian con sus condiciones socioeconómicas y la entrada al mundo de la prostitución a través de un cuidadoso proceso de aprendizaje de las reglas y que son aprendidas a lo largo de una trayectoria con varias tensiones.

Hemos visto que este camino comienza, para este grupo de mujeres, por una práctica particular que hace al trabajo doméstico: la *dobleta*. El entrelazamiento entre servicios domésticos y servicios sexuales que en un principio puede resultar de situaciones violentas e imprevistas con los dueños de las casas, se construye como una posibilidad a medida que crece el valor del *trabajo sexual* medido en ingresos obtenidos. En este proceso de aprendizaje, algunas mujeres se instalan como iniciadoras, figura fundamental en la transmisión de tres tipos de conocimiento: sobre las prácticas sexuales y sus nombres, sobre los *clientes* idóneos y sobre el territorio o lugar de trabajo. Luego de un tiempo, lo que resultó redituable en términos económicos lo terminó siendo en términos de goce simbólico asociado a la posibilidad de poder independizarse de una relación con sus maridos que consideran signada por la explotación, y la construcción de orgullo a partir de instalarse como proveedoras de hogar y promotoras del futuro de sus hijos. Estas situaciones expresan contradicciones que conviven en su interior, que muestran que ellas mismas batallan entre el estigma de la actividad y de los ingresos obtenidos en ella, y el esfuerzo por producir legitimidad sobre lo que hacen.

En segundo lugar, discutí con las teorías y posturas políticas que piensan al dinero como una instancia que reduce a las mujeres a un medio, convirtiéndolas en objeto y degradándolas como sujetas. Estas nociones parten de la idea de que las *trabajadoras sexuales* venden su cuerpo y que su intimidad está por entero involucrada en los intercambios de sexo por dinero. Este argumento se vuelve un mito en tanto se coloca en relación con los datos empíricos que han mostrado la escisión corporal que permite que este grupo de mujeres haga de ciertas partes de su cuerpo una herramienta de trabajo susceptible de utilizarse produciendo servicios sexuales solo con ciertos *clientes* que son seleccionados bajo el criterio del saber mantener relaciones con ellas. Aquí, el dinero permite establecer una separación que organiza la vida privada y la vida laboral de estas mujeres a través de complejos mecanismos de construcción de fronteras corporales que fragmentan el *self* para salvaguardar ciertos aspectos de la persona.

Las demarcaciones corporales resultan efectivas aunque problemáticas. En general, suele decirse que estas técnicas son propias de la astucia de quienes ponen el cuerpo, o partes de él, y que permiten afirmar que son dimensiones fundamentales que exceden a la lógica económica del mercado del sexo. Sin embargo, he intentado poner en tensión esta idea, relativizando la afirmación de que la existencia de dinero indica que hay un mercado, y mostrando que es intrínseco al dinero la producción de jerarquías y límites simbólicos y corporales en las relaciones de intercambio. El dinero puede ser el gran equivalente universal, pero la antropología ha demostrado que también es profundamente subjetivo. Es por esto que no podemos negar la construcción de técnicas específicas que muestran que cuando un *cliente* se acerca con dinero eso no significa que compra cuerpos, sino que termina pagando la demarcación de una serie de condiciones para salir con una *trabajadora sexual*.

En tercer lugar, encontramos la tercera arista de esta trayectoria que he armado y que comenzó con el ingreso a la prostitución, luego pasó por las regulaciones cotidianas de las relaciones con los *clientes* para culminar en la construcción de formas de organización de las interacciones de militancia de *trabajadoras sexuales* en torno a un sindicato. Este proceso implica, también, la construcción de límites que demarcan y organizan relaciones que, esta vez, son entre ellas. Noté en la literatura un vacío importante sobre los sindicatos de prostitutas como experiencias de organización que pueden ser conflictivas y contradictorias, incurriendo en una especie de concepción armónica y estática de la militancia.

Resulta relevante recuperar los mecanismos discursivos a través de los cuales organizan su espacio y previenen o solucionan conflictos, utilizando nociones asociadas al mundo sindical. En este sentido, el compañerismo delimita quienes están dentro y fuera de la definición de *trabajo sexual* y, a veces, se sustenta sobre una concepción biologicista de la mujer, produciendo una frontera frente a las prostitutas trans, pero también a nociones acerca del buen comportamiento en las calles y con las compañeras relacionadas con el respeto de los códigos de la calle en relación a los *clientes* y al territorio o lugar de trabajo ocupado. Aquí descubrimos conviven dos principios: por un lado, ellas sostienen que eligen a los *clientes* y, por otro, que son los *clientes* los que eligen. Si bien parecieran ser dos máximas contradictorias, existen de forma separada regulando dos tipos de relaciones distintas: la primera organiza las interacciones con los *clientes*, mientras que la segunda morigera los conflictos entre compañeras.

Es importante señalar que los resultados de esta investigación se reducen a la población estudiada y que no pretenden hacer afirmaciones por fuera del universo estudiado. Sin embargo, abre la puerta para una serie de preguntas de orden empírico y teórico que sería interesante indagar en un proyecto ulterior. Por un lado, podría retomar un enfoque relacional para incluir a los *clientes*, aquellos consumidores de prostitución que son activamente clasificados por estas mujeres. Así como vimos algunas de las claves de lo que sucede cuando intentan pagar por sexo, resulta necesario relevar qué consideran que están pagando, cómo se ven en esa relación, cuáles son sus entramados familiares y sus concepciones acerca de la sexualidad e, incluso, por qué buscan mujeres que se ven como *trabajadoras* y se sindicalizan. Por otro lado, resultaría harto interesante preguntarse si las narrativas y prácticas producidas por las *trabajadoras sexuales* pueden extenderse a otras formas de prostitución y, especialmente, a otras actividades que también se conceptualicen como laborales. Es interesante recuperar que existen, según Joanna Biggs, varias ramas laborales novedosas, asociadas a la atención al *cliente* propia de la economía de servicios, que exigen la producción de disposiciones corporales, gestos y predisposiciones de humor de los trabajadores para lidiar con el público, lo que genera escisiones corporales y de carácter para preservar una parte de *self* ya analizadas en nuestro caso (Biggs, 2015).

A partir de todo lo desarrollado, resulta relevante recuperar algunos interrogantes que abre esta tesis y producen algunas grietas en las investigaciones acerca de los intercambios de sexo por dinero en prostitución. Recuperando el relato sobre las putas de San Julián de

Osvaldo Bayer, he intentado encontrar ese "no" que coloca límites y producen agencia partir las relaciones en prostitución y, especialmente, aquellas que hacen al *trabajo sexual*. En este sentido, he mostrado la producción de trayectorias de aprendizaje que convierten a la prostitución en una especie de oficio cuyas reglas deben hacerse cuerpo; las fronteras y selecciones que luego produce ese cuerpo en el ejercicio cotidiano de la prostitución; y las delimitaciones que definen y organizan la organización del mundo sindical de estas mujeres. Estas construcciones, llevadas adelante por sujetas políticas y sexuales, permiten comenzar a esbozar una problematización de las relaciones entre cuerpos mediadas por dinero bajo el capitalismo. Podemos contribuir a decir que en las sociedades contemporáneas, uno de los espacios donde más se discute y condena la noción de mercantilización del cuerpo, la prostitución, es el sitio privilegiado para discutir la extensión del proceso y la posibilidad de encontrar experiencias cotidianas de resistencia a la reducción de los sujetos y sujetas a meros medios y objetos. Por otro lado, también cabe preguntarse cuáles son las consecuencias políticas del tipo de resistencia que se produce desde el orgullo como prostituta.

Bibliografía

Aglietta, M., & Orléan, A. (1989). *La violencia de la moneda.* México: Siglo XXI.

Agustín, L. (2005). La industria del sexo, los migrantes y la familia europea. En O. Guasch, & O. Vuñuales, *Sexualidades: Diversidad y control Social.* Barcelona: Bellaterra.

Álvarez Broz, M., & Rodríguez, M. (2014). ¿Qué es lo trans en la cultural popular trans? *Papeles de Trabajo, 8*(14), 92-114.

Avalle, G., & Gabriela , B. (2011). El cuerpo entre la lucha y trabajo: el caso de las trabajadoras sexuales de la Ciudad de Córdoba, Argentina. *Revista Neuquén, 1*(1), 93-107.

Bataille, G. (1996). *Lo que entiendo por soberanía.* Barcelona: Paidós.

Bayer, O. (2009). *La Paragonia rebelde.* Coyhaique: Talleres gráficos F.U.R.I.A.

Bernstein, E. (2007). *Temporarily yours. Intimacy, authenticity and the commerce of sex.* Chicago: The University of Chicago Press.

Bernstein, E. (2012). Carceral policies as gender justice? The "traffic in women" and neoliberal circuits of crime, sex, and rights. *Theory and Society, 41*, 233-259.

Best, J. (1982). Careers in Brothel Prostitution: St. Paul, 1865-1883. *Journal of Interdisciplinary History, 12*(4), 597-619.

Biggs, J. (2015). *All day Long: A portrait of Britain at work.* London: Serpent's Tail.

Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas.* Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción.* Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bourdieu, P. (2007). *Intelectuales, política y poder.* Buenos Aires: Eudeba.

Bravo Almonacid, F., Di Base, E., Dip, N., Diez, N., Sorgentini, M., & Rodríguez, N. (2009). Representaciones en torno a la concepción de trabajo: los casos de AMMAR CTA y AMMAR Capital. *Question, 1*(22).

Camarma, E. V. (2010). Estudio antropológico en torno a la prostitución. *Cuicuilco*(49), 157-179.

Castro, A. L. (1998). Culto al cuerpo, modernidad y medios de comunicación. *Educación física y deportes*(9). Obtenido de http://www.efdeportes.com/efd9/anae.htm

Castro, A. L. (2009). Cultura contemporánea, mass media y culto al cuerpo. La cuestión de las identidades. *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología* . Buenos Aires.

Ceccoli, P., Dreizik, M., & Puche, I. (2009). Reflexiones acerca de la configuración de un campo representacional de la prostitución de mujeres. *VI Encuentro Interdisciplianario de Ciencias Sociales y Humanas.* Córdoba. Obtenido de http://revistas.unc.edu.arindex.php/6encuentro/article/view/203

Cefaï, D. (2013). ¿Qué es la etnografía? Debates contemporáneos. Arraigamientos, operaciones y experiencias del trabajo de campo. *Persona y Sociedad, XXVII*(3), 11-32.

Chejter, S. (2011). *Lugar común: la prostitución.* Buenos Aires: Eudeba.

Cheng, S. (2013). Making visible the invisible - victimhood, violence and voice in Tales of the Night Fairies. *Cultural Dynamics, 25*(2), 245-251. Recuperado el 22 de 06 de 2015, de http://cdy.sagepub.com

Daich, D. (2012a). Contravenciones y prostitución. La producción burocrático-administrativa de estadísticas. (C. d. Socio-Cultural, Ed.) *Papeles de trabajo*(24), 31-48.

Daich, D. (2012b). Prostitución, trata y abolicionismo. Conversaciones con Dolores Juliano y Adriana Piscitelli. *Avá*(20).

Daich, D., & Sirimarco, M. (2014). Policías y prostitutas: el control territorial en clave de género. *Publicar*(XVII), 27-45. Obtenido de http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/publicar/issue/view/380

Daich, D., & Varela, C. (2014). Entre el combate a la trata y la criminalización del trabajo sexual: las formas de gobierno de la prostitución. *Delito y sociedad*(38).

Day, S. (1994). What counts as rape? Physical assault and broken contracts: contrasting views of rape among London sex workers. En P. H. Gow, *Sex and violence. Issues in representation and experience.* Londres: Routledge.

Douglas, M. (1996). *Cómo piensan las instituciones.* Madrid: Alianza.

Fassi, M. (2015). Legal is Not Always Right: Sex Work and the Claim for Grassroots Legislation. *Culture, Health and Sexualities Journal, 17*(1), 74-84.

Figari, C. (2009). Las emociones de lo abyecto: repugnancia e indignación. En C. Figari, & A. Scribano, *Cuerpo(s), subjetividad(es) y conflicto(s). Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica.* Buenos Aires: CICCUS.

Figueiro, P. (2013). *Lógicas sociales del consumo: el gasto improductivo en un asentamiento bonaerense.* San Martín: UNSAM Edita.

Figueiro, P. (febrero 2014). *Tesis doctoral: ¿Querés salvarte? Una sociología del juego de la quiniela.* Buenos Aires.

Fonseca, C. (1996). A Dupla Carreira da Mulher Prostituta. *Estudos Feministas, 4*(1), 7-33. Recuperado el 28 de 10 de 2015, de https://periodicos.ufsc.br/index.php/ref/article/view/16650

Ghiotto, L. (2005). *El ALCA desde la óptica sindical: el caso de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA).* Buenos Aires: CLACSO. Recuperado el 21 de 10 de 2015, de http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2005/alcajov/ghiotto.pdf

Ginzburg, C. (2001). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI.* Barcelona: Península.

Gonzalez, F. (2014). Transgresión, redefinición y reconstrucción de los significados del dinero, el sexo y la intimidad en el trabajo sexual. *Jornadas de Estudios Sociales de la Economía.* Buenos Aires.

Gorbán, D. (2013). El trabajo doméstico se sienta a la mesa: la comida en la configuración de las relaciones entre empleadores y empleadas en la ciudad de Buenos Aires. *Revista de Estudios Sociales*(45), 67-79.

Guber, R. (2008). *El salvaje metropolitano.* Buenos Aires: Paidós.

Guber, R. (2012). *La etnografía. Método, campo y reflexión.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Guy, D. (1994). *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires 1875-1955.* Buenos Aires: Sudamericana.

Hart, K. (1986). Head or tails: two sides of the coin. *Man, 21*(4), 637-656.

Héritier, F. (1996). *Masculino/Femenino. El pensamiento de la diferencia.* Barcelona: Ariel.

Jeffreys, S. (2011). *La industria de la vagina.* Buenos Aires: Paidós.

Justo von Lurzer, C. (2006). Putas, el estigma: aproximación a las representaciones y organización de las mujeres que ejercen la prostitución en la Ciudad de Buenos Aires. *Questión, 1*(12). Recuperado el 22 de 10 de 2015, de http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/295

Justo von Lurzer, C. (2008). Trabajadoras sexuales y Mujeres en situación de prostitución. *Seminário Internacional Fazendo Gênero.* Florianópolis.

Klossowski, P. (2010). *La moneda viva.* Buenos Aires: Las cuarenta.

Landa, M. I. (2011). Subjetividades y consumos corporales: un análisis de las prácticas del fitness en España y Argentina. *Razón y Palabra*(69). Obtenido de http://www.razonypalabra.org.mx/SUBJETIVIDADES%20Y%20CONSUMOS%20CORPORALES%20UN%20ANALISIS%20DE%20LAS%20PRACTICAS%20DEL%20FITNESS%20EN%20ESPANA%20Y%20ARGENTINA%20.pdf

Landa, M. I., & Marengo, L. G. (2011). El cuerpo del trabajo en el capitalismo flexible: lógicas empresariales de gestión de energías y emociones. *Cuaderno de relaciones laborales, 29*(1), 177-199.

MacKinnon, C. (2011). Trafficking, Prostitution, and Inequality. *Harvard Civil Rights-Civil Liberties Law Review, 46*(2), 271-309.

Mahmood, S. (2008). Teoría Feminista y el agente dócil: algunas reflexiones sobre el renacimiento islámico en Egipto. En R. Hernández Castillo, & L. Suárez Navaz, *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes.* Madrid: Cátedra.

Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre los dones. Razón y forma del cambio en las sociedades primitivas.* Buenos Aires: Katz Editores.

Mendes Losso, J. C. (2011). Aprendizajes de un oficio. Notas sobre una prostituta y otras historias en la ciudad de Florianópolis. *Apuntes de investigación del CECYP*(20), 133-153.

Mendonça, S. B. (2012). Profissionais do sexo: motivações e sentidos para a ação. *Ensaios, 1*(6), 28-42.

Morcillo, S. (2010). ¿Ir de putas? Reflexiones en torno a las dimensiones sexuadas de la investigación. *Kula*(3), 7-13.

Morcillo, S. (2012a). De cómo vender sexo y no morir en el intento. Fronteras encarnadas y tácticas de quienes trabajan en el mercado sexual. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*(7), 17-28.

Morcillo, S. (2012b). La idea de trabajo como táctica. *VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata.* La Plata.

Morcillo, S., & Justo von Lurzer, C. (2012). "Mujeres públicas" y sexo clandestino. Ambigüedades en la normativa legal sobre prostitución en Argentina. En D. Jones, C. Figari, & S. Barrón López, *La producción de la sexualidad. Políticas y regulaciones sexuales en Argentina* (págs. 169-196). Buenos Aires: Biblos.

Pateman, C. (1995). *El contrato sexual.* México: UAM.

Polanyi, K. (1976). *Comercio y mercado en los imperios antiguos.* Barcelona: Labor SA.

Reyes, L. G. (2013). Putas y trans. ¿Están las mujeres trans en las narrativas sobre la prostitución? *Educ. Humanismo, 15*(24), 54-77.

Rostagnol, S. (2000). Identidades fragmentadas: prostitutas callejeras de Montevideo. *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay*, 87-98.

Rubin, G. (1989). Reflexionando sobre el sexo. Notas para una teoría radical de la sexualidad. En C. Vence, *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina.* Madrid: Revolución.

Russo, G. (2007). No labirinto da prostituição: o dinheiro e seus aspectos simbólicos. *Caderno CRH, 20*(51), 497-514.

Sastre, C. (2007). San Julián, 1922. El cuerpo como campo de batalla. *Confines*(2).

Simmel, G. (1977). *Filosofía del dinero.* Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

Stolcke, V. (1999). ¿Es el sexo para el género como la raza para la etnicidad? *Cuadernos para el debate*(6). Obtenido de http://www.ides.org.ar/areasdeinvestigacion/centro_programas/mercosur/publicaciones/index.jsp

Théret, B. (2001). *La moneda develada por sus crisis.* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Torrado, S. (2004). *La herencia del ajuste. Cambios en la sociedad y la familia.* Buenos Aires: Capital Intelectual.

Varela, C. (2012). Del tráfico de las mujeres al tráfico de las políticas. Apuntes para una historia del movimiento anti-trata en la Argentina (1998-2008). *Publicar*(12), 35-64.

Walkowitz, J. (1980). The politics of prostitution. *Signs, 6*(1), 123-135. Recuperado el 26 de 5 de 2011, de http://www.jstor.org/stable/3173970

Walkowitz, J., & Walkowitz, D. (1973). "We Are Not Beasts of the Field": Prostitution and the Poor in Plymouth and Southampton. *Feminist Studies, 1*(3/4), 73-106.

Weber, F. (2008). Transacciones económicas y relaciones personales: una etnografía económica después de la Gran División. *Crítica en Desarrollo*(2), 63-91.

Weitzer, R. (2007). The Social Construction of Sex Trafficking: Ideology and Institutionalization of a Moral Crusade. *Politics Society, 35*(3), 447-475.

Wilkis, A. (2013). *Las sospechas del dinero.* Buenos Aires: Paidós.

Zelizer, V. (2006). Money, power and sex. *Yale Journal of Law and Feminism, 18*(1), 303-315.

Zelizer, V. (2009). *La negociación de la intimidad.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Zelizer, V. (2011). *El significado social del dinero.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.